Eva Riobó

Como si fuera ayer

@eva_riobo

Eva Riobó

COMO SI FUERA AYER

A ti, por florecer cada día a pesar de las dificultades.

PREFACIO

El amor de mi vida había decidido abandonarme de la noche a la mañana, enterrando en cuestión de segundos todo lo que había sentido estando con él: nuestros planes, caricias, sueños, risas, complicidad... Todo se había roto en mil pedazos, al igual que yo.

Nadie me había preparado para sobrevivir a aquel dolor en el que me había sumergido de forma repentina. Un dolor que se aferraba a mi piel con garras de acero, espolones que se clavaban salvajemente hasta mis entrañas. Un grito silencioso y agónico recorría mis venas llenándolas de la ponzoña del desamor. Aquello no era comparable a nada.

Y mientras mi cuerpo todavía luchaba por mantener el flujo de aire entre el exterior y mis pulmones, noté cómo mi alma abandonaba mi cuerpo para siempre, dejándome indefensa ante la oscuridad más absoluta de una noche que se tornaba eterna.

La muerte habría sido mucho más placentera, pero el destino había decidido verme sufrir, desgarrarme por dentro y dejarme sangrando durante cada minuto de lo que me quedase de vida, si es que se le podía llamar así a la existencia en la que mi cuerpo se veía obligado a permanecer a partir de aquel instante en el que todo mi mundo se desmoronó. ¿Acaso merecía la pena continuar respirando?

Supliqué a la vieja compañera de capa negra y guadaña que me llevase con ella, me arrodillé ante las puertas del mismísimo infierno. El alma ya me había abandonado, así que poco podía ofrecerle ya a la muerte. Y, muy a mi pesar, no quiso llevarme con ella.

El destino, puñetero e insensible, guardaba otros planes para mí...

CAPÍTULO 1 – Mayo de 1998 (1)

Mario tenía los labios carnosos, de esos que no puedes dejar de mirar cuando deciden tomar protagonismo en una conversación. Era imposible, o muy pero que muy complicado, apartar la vista de ellos, como cuando los chicos se esforzaban en hablar contigo sin bajar la mirada hacia tus tetas.

—Le gustas —me dijo María.

—No.

—¡Sí!

—¡Qué coño le voy a gustar yo a Mario!

—Que me lo ha dicho.

Mario tenía fama de ser un donjuán. Con aquellos rizos negros que sutilmente resbalaban por su frente, sus gafas de intelectual irresistible y un cuerpo esbelto pintado por el sol del surfero que era la envidia de la proporción áurea, me pareció un disparate la simple idea de que hubiese reparado en mi existencia.

—Venga, vamos a hablar con él.

—¡Pero si eres tú la que lo conoce, María! ¡Ni de coña me acerco yo ahora a saludarlo!

—¡Mario!

María me dejó sola en el banco del parque en el que estábamos sentadas. No. No. No. ¡Qué cojones estaba haciendo!

—¡Hola, guapa! —Contestó Mario desde la otra punta del parque al tiempo que se levantaba para darle dos besos.

Le dijo algo al oído, él asintió, levantó la cabeza y, creo, me sonrió. Sus profundos ojos casi negros se abrieron paso hacia mí, atravesando traviesos mi pecho y dejando una calidez en mi ser que me desarmó por completo. Por un instante sentí la tentación de sonreírle también, pero no confiaba en poder hacerlo sin que nadie me viese, estudiase la escena y se riese de mí por ser la típica adolescente estúpida que le hace ojitos al *macizorro* de turno porque no es capaz de echarle ovarios al asunto y acercarse. Mi ego se hundió un poco ante aquella situación que todavía no me sentía capaz de afrontar como mujer.

—¡A ti qué coño te pasa! —Exclamé en cuanto María volvió a sentarse a mi lado.

—En una hora quedamos en mi casa.

—¿Qué?

—Sandra, esto solo necesita un empujoncito, nada más.

¡Me cago en mi vida! ¡Un empujoncito decía la tía esta! Las probabilidades de que Mario se enrollase conmigo debían ser algo así como que me cayesen dos rayos de forma simultánea.

Hacía semanas que me permitía soñar con él... Me agarraba la cintura, me acercaba a su cuerpo y me dejaba perderme en su boca de dios griego. María lo sabía, sabía cuánto lo deseaba, pero también me conocía lo suficiente para entender que mi inseguridad y timidez habían impuesto una severa orden de alejamiento entre Mario y yo, y que no estaba aún preparada para traspasar esa línea.
El corazón me retumbaba contra el pecho cada vez que lo veía, y bastaba pensar en él para que una sonrisa se dibujase en mi rostro. Conocía perfectamente esa sensación, pero esta vez era mucho más fuerte. Los cambios en mi piel, en mi estado de ánimo, esa montaña rusa de euforia y depresión por las que divagaba mi mente, la oxitocina, dopamina y norepinefrina bailando a sus anchas por mi cuerpo... Lo que todavía me costaba encajar era el descenso abrupto de mi capacidad intelectual. Digamos que Mario ocupaba esa parte del cerebro que me hacía inteligente, en resumidas cuentas, me había vuelto gilipollas perdida debido al enamoramiento.

Nada había cambiado entre él y yo, en realidad, pero la simple idea de compartir una tarde en casa de María me erizaba la piel y descontrolaba mis pulsaciones. No iba a cagarla, no podía hacerlo. Y, aunque sonase de lo más estúpido, no tenía la menor idea de cómo ser yo delante de él. Bloqueo emocional. Sí, eso debía ser. O quizá bloqueo por tonteo, bloqueo por idiotez…
¿Bloqueo por proximidad hormonal atrayente hacia el sexo opuesto?
—¿Y cuál es el plan exactamente? —Pregunté antes de que me explotase la cabeza.
—Quedamos todos en mi casa, como siempre, deja de preocuparte. Solo que esta vez también vendrá Mario.
—Vale —traté de aparentar una tranquilidad que no tenía y que se tradujo en un susurro agudo desde mis cuerdas vocales.
María soltó una carcajada, se puso frente a mí y me detuvo cogiéndome los hombros.
—Oye, hoy no me seas estrecha, ¿vale? Vas a echarle ovarios al asunto, vas a enrollarte con él y, quién sabe, quizá en unos días me cuentes qué tal tu *primera vez*.
Tragué saliva y asentí con la cabeza. Mi primera vez. Mi primera vez haciendo el ridículo delante de un tío que me encantaba, mi primera vez vomitando en la taza de su retrete o quizá corriendo hacia el mismo sitio por la cagalera que los nervios solían provocarme. María me lanzó una mirada socarrona. Inhalé profundamente y levanté la barbilla en un intento de parecer serena, pero mi corazón latía como un martillo sobre mis costillas. Esta mujer iba a acabar conmigo, y no estaba segura de si quería que lo hiciera o de si lo más sensato era seguir mi instinto, ese que pocas veces me había fallado, y alejarme

todo lo posible de sus dudosas buenas intenciones.

La casa de María, herencia de su abuela materna, estaba pensada para una pareja sin hijos. No obstante, sus padres se habían encargado concienzudamente de diseñar al milímetro una distribución que lograba aprovechar al máximo cada rincón de aquellos escasos cincuenta metros cuadrados.
—¿A qué hora vienen?
—En un cuarto de hora —contestó María mientras le abría la puerta a su hermano.
—¿Os vais a quedar en casa? —Preguntó Daniel.
—Sí, vienen unos amigos.
Dani se hizo un bocadillo y encendió la tele.

Rebeca, Valentina y Annette llegaron puntualmente.
—Bueno, ¡yo me piro!—propuso Daniel al ver el panorama.
—No, no te vayas —rogué.
Mario estaba a punto de llegar y, si era el único chico, seguramente daría media vuelta. Todas mis ensoñaciones de la última hora se irían al garete en un segundo. No. Dani se quedaba. Lo sobornaría en caso necesario.
El timbre sonó otra vez y los nervios empezaron a aflorar, primero en el pecho, luego en el estómago... ¿Sería capaz de hablar? No la cagues, Sandra, no la cagues. Sonríe. Disfruta de la tarde y, si puedes, siéntate a su lado. Vamos. Puedes hacerlo. De momento no había náuseas ni retortijones, aquello era buena señal.
Mario no venía solo, lo acompañaban Aitor y Juan.
—Ostias, ¿va a venir más gente? —Preguntó Dani observando cómo el espacio se reducía hasta casi desaparecer.
—No, ya estamos todos —soltó María con su habitual sonrisa tranquilizadora.
Hubo algunas presentaciones. A Aitor lo acababa de dejar su pareja, una de las mejores amigas de Annette. Lo había visto solamente dos o tres veces, siempre acompañado por aquella chica de rasgos felinos. Sus veinte años, uno más que Mario, junto con su barba acastañada de tres días perfectamente perfilada, le otorgaban ese aspecto de chico mayor, de responsable, el más sensato del grupo, el fuerte y reflexivo. Juan, por su parte, era algo así como el apéndice de Mario, un pibón de ojos claros, de complexión delgada y sonrisa perenne, inalcanzable para la mayoría de los mortales (entre los que me incluía). Su atractivo no era desenfadado, como el de Mario, sino angelical. Con unas facciones próximas a las de un niño, casi imberbe, a excepción de cuatro pelos contados en la barbilla y el cabello perfectamente engominado acabado en punta en la zona de la frente.
Busqué a Mario con la mirada en varias ocasiones, necesitaba

comprobar que realmente podía haber algo entre nosotros. Una sonrisa de complicidad. Un siéntate a mi lado. Un roce sutil entre su mano y la mía. Un cruce de miradas que se alargase más de la cuenta... ¡No hubo nada!

Tras casi una hora de charlas insustanciales, María propuso jugar a *verdad, beso o atrevimiento*. No estaba segura de si era un cable para empujarme a los brazos de Mario, pero no iba a esperar a comprobarlo.
Nos sentamos todos como pudimos. María, Mario, Aitor y Juan en el sofá; Annette, Rebeca y Valentina sobre la mesa y Dani y yo en dos sillas que dispusimos cerrando el círculo.
A Valentina le tocó ir a casa del vecino de enfrente a pedirle sal para las espinacas. Juan tuvo que confesar cuántas pajas se había hecho durante la semana. María se negó a besar a Mario por razones obvias que solo yo conocía y por ello tuvo que soltar prenda. A Dani y a mí nos tocó besarnos.
Nadie a excepción de María sabía que aquel iba a ser mi primer beso. Acordamos que fuese en los labios y sin lengua. Llevaba días practicando cómo besar. Juntaba las yemas de los dedos índice y pulgar, de ese modo el lateral de los dedos formaban algo parecido a unos labios que movía adaptando a mi boca. Quería hacerlo bien. María ya había besado a algunos chicos, demasiados a mi juicio, y decía que los besos que más le gustaban eran los secos, esos que no te llenaban de babas aunque te metiesen la lengua hasta la garganta. Yo todavía no sabía usar la lengua para besar, pero iba tomando nota mental de todo lo que me decía: mover los labios de forma suave, acoplar tu lengua a la del chico dejando que él te lleve, y nada de babas, era mejor tragar saliva antes de besar a alguien.
Era un buen momento para la primera puesta en escena. Él se apoyó en la pared y yo me acerqué a bocajarro. Tragué saliva, junté mis labios a los suyos y dejé que el chico utilizase primero su lengua para añadir la mía a posteriori, a pesar de que habíamos acordado un beso sin lengua, no me importó poner en práctica lo aprendido, es más, lo agradecí.
Aquel fue mi primer beso, jugando a *verdad, beso o atrevimiento*, con un chico que no me gustaba lo más mínimo.
¡Prueba superada!

CAPÍTULO 2 – Mayo de 1998 (2)

La pandilla pasó de estar formada por cinco chicas: María, Rebeca, Valentina, Annette y yo, a un grupo mixto de cinco chicas y tres chicos. Era genial. Las últimas tardes de mayo procurábamos quedar cada día, era nuestro momento de evasión tras las horas de estudio de rigor ante los inminentes exámenes de selectividad. Solíamos vernos en el parque, o en casa de María si llovía, lo que a esas alturas del año, aun tratándose de las Rías Baixas, era bastante inusual.
—El viernes es mi cumpleaños —soltó Valentina.
—¡Vas a ser mayor de edad! —Exclamó María llevándose las manos a la boca—. Es hora de dejar los porros y hacerte una adulta responsable.
Nos reímos. Valentina no había fumado en su vida, probablemente fuese la más centrada de las cinco.
—Habrá que celebrarlo… —dijo Mario con su perfecta sonrisa de chico malo, esa que me hacía palpitar el corazón y la entrepierna.
—¿Y qué propones? —Le preguntó.
—El viernes a las diez os cogemos aquí.
Los tres tenían moto, pero Aitor podía coger el coche de su padre. No se había sacado aún el permiso de conducir, pero nos aseguró que lo hacía perfectamente y que nunca lo habían pillado. Nos fiamos.

El jueves María, Annette y yo quedamos para comprar el regalo de Valentina.
—Como mañana no te enrolles con Mario, te doy un tortazo.
—¡Qué agresividad! —Exclamó Annette—. Deja que la pobre chica vaya a su ritmo.
—No sabes lo que dices, si la dejo a su ritmo llega virgen al matrimonio.
Suspiré. Nada me apetecía más que enrollarme con él, pero necesitaba un primer paso de su parte.
—¿Qué te vas a poner? —Preguntó Annette.
—No lo sé. Además, estoy con la regla y me siento hinchada como una bola. Nada me va a quedar bien con estos melones —dije señalándome los pechos.
—¿Perdona? —Preguntó María—. Es un tío al que tienes que gustarle, cuanto más grandes estén tus tetas mejor. Lleva la blusa verde, esa que es de dos tonos, y desabróchate algún botón de más.
—Estás reduciendo sus posibilidades de besar a Mario a la apariencia de sus tetas —se indignó Annette.
—Me suda el coño que empiece enseñándole las tetas o las bragas.

—¡Qué vulgar eres! Lo que tiene que hacer es ser ella misma.
—¿Ser ella misma? Como ese sea el plan...
—¿Podéis dejar de hablar y decidir sobre mí? —Pregunté—. Me siento un poco incómoda.
María puso los ojos en blanco y en silencio entramos en un *Todo a cien*.
—En serio, sé tú misma —me dijo Annette en voz baja mientras buscábamos algún regalo asequible para nuestros bolsillos.
Salimos de allí con una taza para el desayuno y una pulsera que la dependienta nos aseguró que era de plata, confiamos en que no acabase tiñendo de verde la muñeca de Valentina.

Qué me iba a poner. Cómo me iba a maquillar. Pelo suelto o recogido. Las posibilidades eran infinitas y el objetivo solo uno. ¡A la mierda! Dejé que mis amigas decidieran por mí. Blusa verde con mis vaqueros favoritos y trataría de ser todo lo yo misma que mis nervios me permitiesen.

Las chicas llegamos puntuales a la cita. No teníamos ni idea de cuál sería nuestro destino, pero no nos importaba. Llevábamos bebida, comida, los regalos de Valentina y ganas de comernos el mundo.
María me desabrochaba una y otra vez la blusa, insistía en dejar que se me viese el sujetador. Y yo me abrochaba algún botón cada vez que se daba media vuelta. Así nos pasamos los veinte minutos que tardaron en aparecer Mario, Aitor y Juan. Por primera vez, noté cómo Mario se fijaba en mis tetas. Me sentí un poco zorra, pero me gustó. Esa era la señal que tantos días llevaba buscando.
—Tú con Mario —aprovechó María para distribuirnos entre las motos y el coche. Yo también iré en moto. Y vosotras con Aitor.
—Cuídame la moto, capullo —le gritó Aitor a Mario.
—¿No es tuya? —Pregunté intentando romper el hielo mientras me ponía el casco.
—La mía se ha muerto de inanición —me respondió.
—¿"Muerto de inanición"? ¿Qué quieres decir?
—Que la tengo sin gasolina. Espero que solo sea eso.
Quería aprovechar para abrazar su cintura, pero solo me atreví a posar mis manos a ambos lados de su cadera.
Ya era noche cerrada. Mario y yo encabezábamos el grupo, pero no miré atrás ni una sola vez. Quería disfrutar de aquella sensación, del placer que me daba sentir sus caderas pegadas a mis manos, de la libertad que la noche nos ofrecía, del viento acariciándome las piernas, de la proximidad de la carretera en cada curva… Era la primera vez que me subía a una moto y creo que recordaré siempre aquella sensación que tuve durante la media hora que duró el trayecto: mi cuerpo, el de Mario y el vehículo formando una sola

pieza, un todo indivisible que nos inyectaba adrenalina, placer y ganas de hacerle una peineta a los problemas. Tenía ganas de gritar, de extender los brazos. Me sentía invencible. Poderosa.

—Es la casa de mis abuelos —dijo Mario tras aparcar la moto junto a una pequeña vivienda que mostraba claros signos de abandono.
—¿Y no les molestaremos?
—Mi abuelo falleció antes de nacer yo y mi abuela lleva casi diez años viviendo con mis padres. Está vacía.
—¿Qué tal, tortolitos? —Preguntó Aitor—. ¿No me habréis mancillado la moto?
—¡Cállate, gilipollas! —Soltó Mario.
Entramos por una de las ventanas traseras levantando la persiana que la mantenía oculta. Juan encendió un mechero.
—Esperen aquí, señoritas.
Tras un clic, se encendieron casi todas las luces de la casa. Estábamos en una sala de estar. Caminamos a través del pasillo hasta la cocina, donde pusimos sobre la mesa las bolsas que habíamos traído.
—Que no me entere yo que las de diecisiete probáis estas cosas —dijo Valentina señalando una botella de whisky, una de ron y la docena de cervezas que los chicos ya estaban empezando a abrir con un llavero.
—¡No haremos nada que no hayas hecho tú, mamá! —Señaló María bebiendo el primer trago de cerveza de la noche.
—Yo de momento solo Coca-Cola —dije rechazando la Heineken que Juan me ofreció.
—Fijaos, ya tenéis vuestro propio nidito de amor —soltó María asegurándose de que tanto su voz como su sonrisa pícara hacia Mario no cayesen en saco rato—. Todo un partidazo este chico.
Le eché una mirada asesina tras ese último susurro cómplice.
—No le falta de nada —dije observando la caja enmohecida de especias, el reloj parado sobre la campana extractora y el trapo que, con toda seguridad, llevaba en la misma posición desde los ochenta.
—No —añadió Mario para mi sorpresa—. Hasta la ropa de mi abuela sigue en su armario. La psicóloga le recomendó dejar todo atrás cuando se mudó, y eso hizo.
—¡Anda ya! —Exclamé sorprendida.
—Ven, te enseñaré el resto de la casa.
El corazón me iba a mil, mi cerebro intentaba recordar cómo respirar, cómo mover las piernas para avanzar y cada cuánto debía pestañear. Sé-tú-mis-ma. Sé-tú-mis-ma. Sé-tú-mis-ma.
María me dio un empujoncito cómplice con su codo mientras abandonaba la cocina tras los pasos de Mario.
—Este es el salón, a la derecha está el baño…
Sé-tú-mis-ma.

—Antes había tres habitaciones, pero una la transformaron en sala de estar. Ya sabes, por donde entramos.
Sé-tú-mis-ma. Asentí con la cabeza.
No la cagues. Respira. Muestra tranquilidad.
Sé-tú-mis-ma.
—Crucifijos encima de cada cama, por supuesto —bromeé.
—Antes eran todos muy católicos, ya sabes, hasta follando debían tener presente al de arriba.
—Joder, qué mal rollo, ¿no?
Mario saltó sobre la cama de una de las habitaciones y descolgó el crucifijo. La huella en forma de cruz sobre la pared seguramente se negaría a desaparecer en los siglos venideros.
—¿Mejor?
—Sí, ya no da tanto yuyu.
Bajó de la cama y se acercó a mí, estaba tan cerca que podía sentir su respiración sobre mi boca. Cogió el vaso de Coca-Cola que llevaba en la mano y la posó sobre una de las mesillas de noche.
Traga saliva. Sé tú misma.
Me besó agarrándome la cintura, tal y como sucedía en mis sueños. Un beso lleno de la carne de sus labios, una lengua moviéndose con destreza en el interior de mi boca. Un jadeo. Una mano colándose en mi espalda para desabrocharme el sujetador.
Se separó de mí para cerrar la puerta de la habitación y continuó besándome al tiempo que me llevaba lentamente hasta la cama. No hubo ni una sola palabra. Me besó el cuello, me sacó la camiseta, el sujetador y siguió besándome hasta que alguien llamó a la puerta.
Me tapé como pude, pero nadie entró.
Cuando Mario volvió a besarme regresé al presente, al nosotros. Me dejé llevar por sus caricias. Me encantaban. Yo también quería tocar y besar su piel, pero no tenía ni idea de cómo hacerlo, esa parte nadie me la había explicado, y tampoco estaba segura de si era lo que se esperaba que hiciese. ¿Y si a Mario le parecía mal? ¿Y si me tomaba por una zorra por tomar la iniciativa? ¿Debía preguntarle si podía hacerlo?
Cuando los besos y sus caricias se hicieron más escasos se levantó. No dijo ni una palabra, no hubo ni una muestra más de afecto, ni una sonrisa y me sorprendí. Cogió mi Coca-Cola mientras esperaba a que me vistiese y me la puso en la mano en cuanto me levanté de la cama. No entendía qué había pasado exactamente, pero me había encantado y estaba deseando repetirlo.

María me guiñó un ojo tan pronto como reaparecimos en la cocina. Parecía sentirse satisfecha, como si hubiese cumplido sus expectativas.

CAPÍTULO 3 – Mayo de 1998 (3)

El sábado me levanté con algo de resaca, no había bebido mucho, pero lo había hecho con el estómago vacío y casi no había dormido. No me importó. Busqué lo más provocativo de mi armario, me maquillé y descubrí una sonrisa cosida en mi rostro. Quería saber qué pasaría ese día con Mario, no había tiempo que perder.

Quedamos en el parque, como siempre, pero los chicos ya se habían ido a La Cala a por la primera copa.
En cuanto llegaron Valentina y Rebeca, cinco largos minutos tras la hora acordada, mis piernas tomaron rumbo a la cafetería. Traté de ir delante de ellas, marcando el ritmo, y lo hice tan rápido como pude sin mostrar la impaciencia que me cortocircuitaba las sinapsis. ¿Cómo nos íbamos a saludar Mario y yo? ¿Me invitaría esta vez a sentarme a su lado? El roce de sus labios sobre los míos volvía a mi mente una y otra vez mientras nos acercábamos a La Cala, era casi un recuerdo tangible. Mordía mi labio inferior mientras imaginaba su torso desnudo, ese que estaba dispuesta a acariciar en nuestra próxima quedada.
A unos veinte metros de La Cala dejé que María y Rebeca pasasen delante. No quería que Mario me viese aparecer de primera y creyese que estaba desesperada, que lo estaba, por verlo.

Juan y Aitor tomaban unos refrescos en la barra. ¿Dónde estaba Mario? Pasé una mirada rápida por las mesas, la barra, las máquinas tragaperras, las puertas de los baños. ¡Dónde cojones estaba! Lamenté de pronto seguir buscándolo en cada rincón, porque lo que encontré no podría estar más lejos de lo que me esperaba. Sentí un dolor clavarse en mi pecho y dividirlo en dos mitades. No iba a llorar, no podía hacerlo a pesar de que las lágrimas comenzaban a nublarme la vista.
Me acerqué a él por primera vez con paso firme.
—¿Mario?
Apartó la mano que recorría lascivamente la pierna de una chica que no había visto en mi vida y se levantó del cómodo sofá de dos plazas en el que no había reparado hasta entonces.
Me acercó la oreja mientras desviaba la mirada hacia su derecha, manteniendo en lo posible las distancias que yo pretendía sortear.
—Es… sobre lo de ayer.
—"¿Qué de ayer?" Ayer no pasó nada —soltó.
Me quedé inmóvil.

Inmóvil y muda.
No tardó en volver junto al grupo de chicas con las que estaba, ni en sentarse nuevamente junto a la joven de pelo castaño para continuar con lo que se suponía que estaba haciendo hacía menos de un minuto.
Mis manos se quedaron vacías. Mi corazón adolescente roto. Mis sueños con él pisoteados y ninguneados.
Di media vuelta, en tan pocas palabras lo había dicho todo y no había nada que yo pudiese hacer.
Me senté junto a Juan y Aitor en la barra. Ninguna de las chicas reparó en la escenita o quizá pasaron del asunto como si fuese *lo esperado*.
—Un Aquarius de limón, por favor —pedí cuando se aproximó la camarera.
Estaba rodeada de gente, pero me sentía completamente sola. Me moría por gritar… gritar fuerte, ¡más fuerte! ¿Es que nadie veía la puñalada que hervía bajo mi piel? Tiré mi bolso en la butaca de al lado con más fuerza de la que creía tener.

—¿Salimos de aquí? —Preguntó Aitor.
No recordaba haber intercambiado muchas palabras con aquel chico más allá de las estrictamente necesarias jugando a *verdad, beso o atrevimiento* en casa de María.
Asentí con la cabeza y, con su mano sobre mi espalda, abandonamos La Cala. Nadie reparó en nosotros.
Mi paso acelerado no parecía intimidarlo y, la verdad, agradecí que no dijese ni una palabra hasta que me decidiese hacia dónde ir.
Caminamos en silencio hasta el parque y reduje la velocidad deteniéndome junto a uno de los bancos en los que solíamos pasar las tardes.
Me di la vuelta, manteniendo mi cuerpo frente a Aitor, con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Quizá no fuese responsable de la mierda de persona que tenía por amigo, pero merecía algo, unas palabras de consuelo, un poco de atención… Lo que fuera.
Sentí cómo exhalaba mientras se subía al banco para sentarse sobre el respaldo.
—Te resulta difícil estar a su lado y no poder tocarlo, ¿verdad?
Cerré los ojos prometiéndome no llorar. Posé los dedos sobre el puente nasal y suspiré antes de asentir con la cabeza. Él estaba allí cuando Mario y yo nos habíamos enrollado, y nadie, excepto él, parecía haberse dado cuenta de mi malestar aquella tarde. Ver a Mario tontear con todas, y con una especialmente, me había provocado un ataque de ira mezclado con pánico, tristeza, desesperanza, dolor…
—¿Y tú, cómo estás? —Pregunté tratando de ser todo lo cordial que mi mente podía permitirse.

—Bastante bien —contestó.
Los ojos del chico se perdieron en el horizonte y comprendí entonces que, además de exigir comprensión, también podía ofrecerla.
—¿La echas de menos?
No sabía por qué estaba haciéndole aquellas preguntas tan privadas.
Suspiró.
—Sí —contestó descansando esta vez su mirada sobre mi rostro.
Seguimos un rato sin articular palabra, como si no necesitásemos llenar los incómodos silencios propios de las conversaciones que se producen fuera de tu círculo íntimo.
—Espero que quiera volver conmigo —añadió tras sentarme a su lado en el banco.
—¿Por qué te dejó? —Quise saber.
—Si te digo la verdad, ni yo lo sé... Bueno, reconozco que alguna vez cambié de planes en el último momento y quedé con mis amigos en lugar de estar con ella, aun sabiendo que era su único día libre y... que no tendría otro hasta la semana siguiente.
—Pues... parece ser, al menos, uno de los motivos, ¿no te parece?
No contestó.
—Es mejor que te alejes de Mario —soltó de pronto.
—¿Qué? ¿Por qué?
—Porque es un capullo y un cabrón. Créeme.
Vale. Suponía que eso significaba que era uno de esos chicos que iban de flor en flor, pero no estaba dispuesta a escucharlo. Aún no estaba preparada para hacerlo.

—¿Dónde te habías metido? —Preguntó María al vernos entrar en La Cala.
—Fuimos a echar un quiqui —bromeó Aitor.
—Oye, avísame si te largas, por favor —soltó ignorándolo.
—Lo siento, es que… me resulta difícil… —dirigí la mirada hacia Mario, seguía sentado en aquel estúpido sofá con la chica de antes, rodeando los hombros de la que ya consideraba su nueva víctima con su brazo derecho y susurrándole cosas al oído que seguramente serían la repetición de su repertorio particular de cortejo.
—He estado hablando con él —dijo de pronto.
Noté cómo mi corazón palpitaba con furia.
—¿Y qué te dijo? —Pregunté.
—Que eres una chica demasiado fácil y que, si hubiese querido, ya os habríais acostado.
—¿Qué? ¡Pero qué coño se cree el gilipollas ese!
Vale, no podía dejar de gustarme de un momento para otro, pero me jodía bastante que se refiriese a mí con aquellas palabras. ¡No me conocía de nada! Apreté los puños y cogí mi bolso.

—¡Me largo!
—Sandra, quédate, olvídate de…
—No, quiero irme de aquí.
Salí del local como alma que lleva el diablo y me dirigí a casa cabizbaja. El primer chico que me gustaba y con el que había conseguido enrollarme y me había salido rana. Menuda mierda de suerte. Que le den. Que le den al imbécil de Mario, a su prepotencia y a su mierda de personalidad… Quince minutos más tarde estaba llorando en mi cama con la puerta de la habitación cerrada con llave, el corazón hecho añicos y música de OBK a todo volumen en mi Discman Sony.

CAPÍTULO 4 – Junio de 1998 (1)

El teléfono de casa sonó poco después de comer.
—¿Diga?
—¿Sandra?
—Sí, soy yo. ¿Quién es?
—Soy Aitor.
—¡Ostras! ¿Cómo estás?
—Bien, espero no molestarte. Hace varios días que no te veo.
—Ya… Ya sabes que llevo unos días... complicados.
—¿Te apetece dar una vuelta en moto?
¿En la misma moto en la que me había subido con Mario? No estaba segura de que aquello fuese una buena idea.
—¿Adónde quieres que vayamos?
—A tomar un helado, un café, a dar un paseo… ¿Qué te apetece?
—Hablar. Solo me apetece hablar, Aitor.
Recordaba la fluidez con la que habíamos mantenido nuestra primera (y única) conversación a solas. La mirada de Aitor tratando de entender mi tristeza y mi enfado, procurando hacerse un hueco para llegar a lo más profundo de mi ser, leyendo sin disimulo mi lenguaje corporal… Sonreí para mis adentros tratando de averiguar qué era eso que me impulsaba a querer estar en su compañía. Solo en la suya.
—Buen plan, ¿te recojo en media hora?
—Perfecto.
Observé mi habitación. Los pedazos rotos de mi corazón se habían materializado en decenas de pañuelos empapados en mocos y lágrimas, ropa sucia por doquier y paquetes vacíos de helado y galletas.
El espejo me devolvió una mirada ojerosa, los hombros caídos y una media sonrisa que no alcanzaba a enseñar los dientes. Menudo asco de imagen. Suspiré. Si aquello era lo que me esperaba después de cada tío que me dejase... estaba jodida. Muy jodida. Eso me pasaba por creer en los cuentos de hadas y sus *y fueron felices para siempre*.
Me cambié la camiseta por una más ajustada y deslicé un poco de brillo de labios por mi inexistente sonrisa. Si por casualidad me encontraba con el capullo asqueroso que acababa de romperme el corazón, no iba a darle el placer de verme con aquel aspecto deprimente que se me había pegado a la piel.
—¿Adónde vas? —Preguntó mi padre tras oír el timbre y verme coger el bolso.
—A dar una vuelta.
—¿Y te vas sin recoger esa pocilga en la que duermes?

—Luego lo hago, papá.
—Te noto… diferente —soltó Aitor entregándome un casco.
—Gracias.
—¿Por?
Apreté los párpados con fuerza antes de contestar.
—Por no decirme que estoy hecha un puto asco.
Aitor sonrió entonces de oreja a oreja, era una sonrisa diabólica.
—¿Sabes qué pareces? —Preguntó.
La curiosidad consiguió sacar a Mario de mi cabeza por un instante. Era extraño pensar que, de entre todas las personas que me rodeaban, el casi desconocido Aitor fuese de pronto lo más parecido a un salvavidas.
—Sorpréndeme —dije al fin.
Continuó sonriendo mientras encendía la moto.
—¿Qué pasa? —Pregunté—. ¿Es que no vas a decírmelo?
Lo miré confundida mientras él, al fin, giraba la vista para fijarla en mí.
—Una chica muy mala.
—¡¿Qué?!
De todas las respuestas que podía haberme dado, aquella era probablemente la que menos me esperaba. ¿Será idiota?
—Todavía no sé quién eres, Sandra, pero desde aquella conversación que tuvimos a solas no me apetece otra cosa que estar contigo. No sé qué clase de juego maquiavélico has usado conmigo.
—¿Me estás tomando el pelo?
No contestó. Me invitó a sentarme detrás, colocó mis brazos alrededor de su cintura y aceleró a fondo.

Otra vez me invadió aquella sensación de libertad. Aitor no podía verme, pero la sonrisa volvía a aparecer en mi rostro después de tantos días. Sentí entonces la necesidad de abrazarlo más fuerte. De aferrarme a aquella sensación tan placentera. No me importaba lo que pensara, quería tocarlo, quizá era solo mi manera de darle las gracias, de transmitirle lo bien que me estaba haciendo sentir, había pasado de vivir por inercia a sentirme viva. Viéndolo en perspectiva tantos años después, creo que fue justo en aquel momento cuando empecé a enamorarme de él.

—¿Dónde están tus amigas? —Preguntó arqueando una ceja.
—Supongo que demasiado preocupadas con sus cosas.
—¿Qué quieres decir con eso?
Entrecerré los ojos. No quería que sospechara que me habían dejado sola en mi mar de lágrimas por elección propia, parecería una completa ermitaña. Fue sencillo excusándome en todo lo que me quedaba por estudiar.

—Oye, tú no me conoces.
Traté de no sonar desagradecida.
—¿Y?
—Que me gusta sobrellevar mis problemas en la intimidad.
Me dio la sensación de que consideraba una incongruencia lo que acababa de decirle, pero la situación no era cómoda de explicar.
—¿Cuál es tu comida favorita?
—¿Qué?
—Has dicho que no te conozco… y quiero hacerlo.
Una sonrisa cruzó mi rostro mientras pensaba en mi comida favorita.
—La lasaña de carne de mi madre. ¿Y la tuya?
—Las croquetas. De mi madre también, por supuesto.
Sentí una estúpida emoción corriendo por mis venas.
—¿Eres virgen?
—¿Y a ti qué coño te importa? ¡Estábamos hablando de comida! —Exclamé sorprendida.
—Sí, y ya sé que la lasaña de carne de tu madre es tu favorita, ahora estoy haciéndote otra pregunta.
Me quedé parada por un momento sin saber qué decir. Miré a mi alrededor, luego hacia arriba. Trataba de averiguar si aquella conversación estaba siendo correcta o había algo de malo en ella. Suspiré. No estaba segura de querer salir del atolladero, en realidad. Me gustaba que Aitor estuviese siempre dispuesto a escuchar lo que tuviese que decir. Me hacía sentir... importante. Y entonces contesté.
—Sí. Y ya sé que tú no.
—Vale, pues hazme tú otra pregunta.
Me miraba con una expresión inocente en su rostro, como si no acabase de hacerme la pregunta más íntima que podía haberme formulado, no estaba segura de qué pretendía, pero me estaba gustando.
—¿Has estado enamorado alguna vez?
—Solo una, y ya sabes de quién... ¿Y tú?
Me sorprendí a mí misma negando con la cabeza. No estaba enamorada de Mario ni lo había estado nunca, aunque ese capullo me dejase en el estado deplorable del que Aitor acababa de rescatarme. Aquellos últimos días se volvieron de pronto un sinsentido.
—Esto es deprimente, ¿verdad? —Pregunté sintiendo la repentina necesidad de contárselo todo.
—¿Qué quieres decir?
Aitor estaba allí, recostado sobre la hierba que crecía a orillas del río, regalándome su tiempo y mostrando las mismas ganas de escucharme que en el parque. Debería haberme arreglado en condiciones. Estaba hecha un desastre.
—Ven.

Me senté a su lado y recosté mi cabeza sobre sus piernas.
—Sígueme contando, por favor, ¿qué es tan deprimente?
—Que lleve días llorando por el capullo de tu amigo.
Empezó a acariciarme el abdomen y cientos de mariposas comenzaron a revolotear en mi estómago. Mi corazón latía desbocado, esperaba que no lo notase.
—Mario está acostumbrado a hacer lo que le da la gana con quien le da la gana.
Su mano derecha seguía posada sobre mi abdomen, moviéndola solo de vez en cuando, formando círculos a través de mi camiseta vieja que usaba a menudo de pijama.
—Vale, pero duele pensar que solo fui una más.
—Él se lo pierde.
Creí que me besaría, que aprovecharía mi posición de vulnerabilidad para intentar algo conmigo, pero no lo hizo. Me habló de su trabajo en el taller de su padre, de que lo que más le gustaba era la reparación de carrocerías, pero que normalmente lo ponía cambiando aceite, filtros y neumáticos, me contó que le encantaba viajar a Palma de Mallorca para estar con sus primos, pero que ese año no podría ir porque no habían encontrado vuelos a buen precio y también, como no, de lo mucho que echaba de menos a su ex.
Me fascinaba oírlo, su voz tenía el poder de alejarme de todo lo malo, pero también me encantaba que se interesase por mí, que me preguntase por mis planes futuros. Le hablé de la carrera de traducción e interpretación a la que estaba deseando entrar en septiembre, de mi preocupación por la elevada nota de corte de los años anteriores y también de lo que me había jodido la puñalada de Mario.
Empezaba a sentir algo por Aitor, pero todavía no podía ponerle nombre.

—Te ha llamado Valentina —me informó mi padre tan pronto como dejé el bolso sobre la mesa del salón.
—Vale, la llamo ahora.

CAPÍTULO 5 — Junio de 1998 (2)

Valentina y María eran mis mejores amigas. Con Valentina podía hablar de todo menos de sexo, todavía le quedaban unos cuantos años de mojigata, y con María solo de chicos, no creo que hubiese otro tema que le interesase realmente. Así que siempre tenía una diana a la que lanzar mis inquietudes. Con el tiempo me daría cuenta de que Valentina era una amiga y María algo diferente.

—¿Cómo estás? —Preguntó Valentina nada más verme.
—Bien, gracias, ya estoy mucho mejor.
—Me alegro. ¿Has podido concentrarte para estudiar?
Los exámenes de la selectividad estaban a la vuelta de la esquina y no me podía permitir tirar por la borda tantos meses de esfuerzo por un desencuentro amoroso. No. No iba a hacerlo.
—Sí, aunque creo que no me dará tiempo a repasar todo como a mí me gustaría. ¿Tú cómo lo llevas?
Resopló.
—Química, biología y lengua, bastante bien; historia e inglés... más o menos. La que llevo fatal es matemáticas.
—Bueno, ya sabes que hacen media —traté de trasmitirle una tranquilidad que ni de lejos sentía—. Seguro que te da para entrar en Biología.
Los nervios recorrían su rostro. Tenía que invitarla a sacar cuanto antes lo que llevaba dentro para poder reajustar sus pulsaciones hasta un estado natural.
—Venga, ¿qué es eso tan importante que no podías contarme por teléfono?
Miró nerviosa a su alrededor. Me esperaba cualquier cosa relacionada con sus padres, su hermano, la selectividad, una duda existencial sobre la regla… Pero lo que me dijo cubrió completamente de sombras aquella calurosa y soleada tarde de junio.
—Valen, ya sabes que puedes contarme lo que quieras —insistí.
La expresión en su rostro se iba relajando a medida que las palabras salían de su boca.
—Es que… Me gusta Aitor.
Me-ca-go-en-to-do. Noté cómo mis ojos se humedecían de pronto. ¿Qué narices acababa de decir? No podía moverme. No podía hablar. Las sombras se adentraban hasta mis entrañas.
—Sandra, dime algo, por favor —rogó.
Un escalofrío subió por mi espalda, mi corazón empezaba nuevamente a tener dueño... y otra vez debía dejarlo ir.

—Me parece un buen chico —solté al fin rompiendo todo lo que había fantaseado con Aitor hasta hacía solo unos instantes.
—Lo conozco muy poco y sé que tú tienes quedado alguna vez con él, ¿podrías echarme un cable? No puedo pedírselo a nadie más.
—Claro —contesté con el alma rota—. La próxima vez que quede con él te aviso.
—¡Gracias! —Exclamó con la más grande de las sonrisas.
Podría haberle dicho que habíamos empezado a tontear, aunque no estaba segura de si era cierto, haberle insinuado que a mí también me gustaba un poco… Pero no lo hice, no me atreví.

Había una especie de código ético entre mis amigas y yo: cuando una confesaba que le gustaba un chico, este quedaba fuera del mercado para las demás. Prohibido, por supuesto, echarle el anzuelo, cualquier tipo de piropo, roces fortuitos, fantasías pecaminosas ni exhibiciones físicas de cortejo. No había peros ni excepciones. Fin del asunto.
El vacío comenzó a propagarse en mi interior, un vacío cada vez más grande y profundo. Definitivamente, no estaba preparada para enfrentarme al mundo. Deseé con todas mis fuerzas que aquel verano de mierda llegase ya a su fin. Olvidarme de lo que empezaba a sentir por Aitor, presentarme a la puñetera selectividad y que llegase septiembre para que mi vida tomase al fin un rumbo alejado del omnipresente fracaso amoroso en el que el mundo se había empecinado en sumirme.

CAPÍTULO 6 — Abril de 2016, Valentina y un café (1)

Valentina había hecho un pacto con el diablo: ni una sola cana, ni una mísera arruga, el mismo cuerpo que a los veinte... Vale que no había querido tener hijos y que su cuerpo no había sufrido, por consiguiente, los cambios típicos de la preñez, pero joder..., no tenía nada que envidiarle a una quinceañera.

—Venga, suéltalo ya.

—¿El qué? —Me hice la sueca.

Quería contárselo, pero todavía no nos habían servido ni el café. Necesitaba inhalar y exhalar al menos una docena de veces más para tener claro por dónde empezar, y que tuviese la mirada clavada en mí no me facilitaba especialmente la tarea.

—Como bien sabes, no me dedico al noble arte de la adivinación, pero me juego el cuello a que esa cara esconde algo.

Me miró con expresión de sabueso, tenía que admitir que treinta años de amistad eran suficientes para (casi) leerme la mente. Sin embargo, todavía no estaba segura de que aquel fuese el momento de tirarme a la piscina, creo que no había un momento bueno, en realidad.

—¿Estás embarazada? —Preguntó sonriente.

Negué con la cabeza.

—¿Qué te ocurre, Sandra?

Suspiré.

—¿David y las niñas están bien? —Su tono de voz empezaba ya a sonar preocupado.

Necesité un par de segundos más para activar las cuerdas vocales.

—Sí, sí, ellos están bien.

Valen relajó la expresión.

—Valen, oye, primero quiero que me prometas que no va a cambiar nada entre nosotras después de lo que te voy a contar.

—¡Tú estás tonta o qué cojones te pasa! Venga, no me cabrees. Empieza de una santa vez.

Desvié la mirada un par de segundos por si la fortaleza mental que buscaba se hallaba por allí cerca.

—Bien, esto… —Llené mis pulmones de aire mientras las ideas trataban de ponerse en fila india en mi cabeza—. ¿Te acuerdas de Aitor?

—¿Qué Aitor?

Me quedé observando su rostro unos instantes, como si así pudiese facilitarle la tarea a su hipocampo, esa parte del cerebro encargada,

entre otras muchas funciones, de almacenar los recuerdos. ¡Venga, masa viscosa, haz tu puñetero trabajo, que esto ya está siendo bastante complicado, joder!
—Tendríamos diecisiete o dieciocho años…
—¡Aitor, sí! ¡Ya me acuerdo! Ese que decías que era el amor de tu vida —rio.
Mis labios dibujaron una media sonrisa.
—Ay, Dios —añadió—. Dime que no estás tratando de decirme… ¿Lo has vuelto a ver?
Sentí la adrenalina correteando a sus anchas en el ambiente.
—Sí.
—¡Qué fuerte! ¿Y qué es de su vida? ¿Hablaste con él?
—Pues… tiene un hijo de su primer matrimonio y… se volvió a casar hace un par de años... Trabaja en Citroën.
—Recuerdo que estabas coladísima por él. ¿Te acuerdas de aquella vez que te dije que me gustaba y tuvisteis que llevarme de carabina como dos o tres veces?
—¡Claro que me acuerdo! —Reí—. No te puedes ni imaginar las ganas que tenía de comerle la boca… Pero, como buena amiga, me contuve.
En realidad, me contuve solo a medias, pero no era un buen momento para poner nuestra amistad en jaque.
—Oye, llevé muy bien el tema cuando me explicaste el rollo ese de que era el amor de tu vida. Os dejé solitos y no volví a decir ni mu.
—Sí, es verdad. ¡Joder, lo que me costó decírtelo!
Eché la vista atrás. Mi súplica a Valentina a mis diecisiete años se veía lejana y patética, sobre todo esto último.
—¿Y por eso estabas tan nerviosa hace un momento? ¿Qué pasa, te volvió a poner a cien? —Bromeó.
Nos echamos hacia atrás para facilitarle la tarea al camarero.
Dos cafés humeantes reposaban por fin en nuestra mesa junto a dos trozos de bizcocho con pepitas de chocolate que, en cualquier otro momento, me habría mostrado ansiosa por hincarles el diente.
—Valen, Aitor fue el amor de mi vida… Y lo será siempre.
Me miró sorprendida y acabó encogiéndose de hombros.
—Está bien, no va a salir ni una palabra de mi boca. Si te sientes más tranquila soltándolo, por mí vale —dijo metiéndose un trozo de bizcocho en la boca y dejando el sobrante sobre el platillo de su café.
Mis hombros cayeron un poco y me obligué a continuar cabizbaja.
—¿Sabes que nunca dejé de pensar en él? —Pregunté en un susurro.
Tragó el bizcocho y acercó el café a sus labios. Intuí que algo quería soltar, pero luego negó con la cabeza y bebió un trago, descartando de forma automática aquel pensamiento que acababa de atravesar su corteza cerebral.
Guardé silencio. Esperaba más preguntas, más miradas curiosas,

alguna muestra de incertidumbre, acoso, no sé, ¡algo! Mi corazón estaba cada vez más acelerado.
De pronto, se me quedó mirando, como si le estuviese costando entenderme por primera vez.
—¿Dónde... lo viste? —Preguntó al fin.
—En la librería.
Valentina se sorprendió.
—¿Ahora es uno de esos ermitaños que viven encerrados en casa mientras devoran un libro tras otro? No lo recordaba así —bromeó.
—No, cariño —reí—. Esa soy yo. Él solo entró a buscar cambio para el tique de la ORA.
—Y… ¿Volvisteis a veros desde entonces?
La miré a los ojos.
—No me lo digas, por favor —suplicó llevándose ambas manos a la boca—. ¿Quedaste con él?
Sentí una oleada de calor recorrer mis extremidades, engancharse con furia a mi garganta y tomar por rehén el rubor de mis mejillas, ahora rojas estilo tomate Hamlet.
—Sí, tuve más de un encuentro con Aitor desde aquel día —solté al fin.
—¿Encuentro? ¿A qué te refieres con eso? —Su rostro se tornó confuso.
Pensé en que quizá deberíamos irnos y continuar la conversación en otro momento u otro lugar. Empezaban a sudarme las manos, me las limpié nerviosa en el pantalón y retomé el hilo de la conversación sin saber muy bien qué debía responder.
—Creo que… puedes imaginarte a qué me refiero, Valen.
Su respiración empezó de pronto a entrecortarse, no estaba segura de si debía preocuparme. Supe entonces que se estaba dando cuenta de lo que había hecho. Sus penetrantes ojos grises me mostraron la mezcla perfecta entre la incredulidad y la estupefacción.
No pude más que guardar silencio y esperar su enfado, quizá el dolor por descubrir la clase de persona en la que me había convertido... Me imaginaba su decepción inminente. En décimas de segundo me pasaron decenas de escenarios posibles por delante de los ojos.
—¿Le estás siendo infiel a David con Aitor? —Acabó preguntando al fin.
Esperé unos instantes antes de asentir con la cabeza.
Apoyó entonces la frente en sus dedos corazón y pulgar. Casi no podía ver su rostro.
—¿Lo sabe alguien más?
—No, Valen, no puedo confiarle esto a nadie más que a ti —le dije cuando dos lagrimones surcaban mi rostro, mientras veían la decepción en el suyo.

Tomó entre sus dedos el envase vacío del azucarillo que reposaba bajo el trozo de bizcocho a medio comer que apartó bruscamente como si fuera una mosca muerta recién caída en el plato y empezó a retorcerlo.
—Creo que David no se merece lo que le estás haciendo —afirmó más por convicción que como reproche.
—Eso ya lo sé, pero Aitor... es el hombre de mi vida, Valen. Ese sentimiento es... no puedo ni explicarlo. Cada vez que me toca siento que el mundo entero...
—Oye, no voy a juzgarte, ¿vale? Y lo sabes, pero ¡joder! No me des detalles —me soltó bruscamente intentando no alzar la voz.
Por supuesto que era de mal gusto entrar en detalles, pero quería que me entendiese, que pudiese alcanzar a comprender ese sentimiento tan fuerte que me embriagaba estando con él.
—¿Tú crees que David no se ha acostado con otra en los trece años que llevamos juntos?
No sé si la pregunta me sorprendió más a mí o a ella.
—No creo que sea esa clase de hombre, Sandra.
—¿Qué significa eso? ¿Yo si soy *esa clase* de mujer?
No tenía ningún sentido el tono enfadado de mi voz por muy sutil que me hubiera salido, pero no había podido evitarlo.
—¿No se supone que os queréis? —Preguntó.
—Sí.
—Entonces, ¿por qué coño te tiras a otro?
Me llevé el café a los labios. Por un lado, me sentía liberada, necesitaba confesarle mis encuentros con Aitor, soltar por fin esa losa… Pero, por otro, había cuestiones a las que ni yo misma era capaz de responder.
—No lo sé —contesté al fin—. Quiero a David, lo quiero muchísimo, pero Aitor… Simplemente... es ÉL. Es difícil de explicar, Valen. Ya sabes lo que dicen, eso de que se toman peores decisiones estando enamorada que borracha.
—¿Cómo vas a estar enamorada de un tío al que no ves desde hace quince o veinte años, Sandra? ¡Por Dios! De verdad que no lo entiendo.

Las palabras son armas poderosas, pueden mostrar amor, ofrecer consuelo, abrazarte el alma... Pero también pueden ser abominables, destruir vidas, sueños e incluso provocar un dolor permanente hasta el último aliento de la persona más amable.
La voz de Valentina mostraba incomprensión total, pero sus palabras eran de amiga, provenían de ese amor incondicional que no juzga aunque no entienda. Solo ella tenía el poder de sacarme un ratito del caos en el que me había sumergido en las últimas semanas.

CAPÍTULO 7 – Febrero de 2016 (1)

Tras dejar a Lucía y a Julia en el colegio, caminé hasta la librería de doña Leonor, como solía hacer cada lunes. Comprarme un buen libro era la forma más sencilla de espantar a un *dementor*, como le llamaba al primer día de la semana desde que había leído los siete libros de Harry Potter. Porque todos sabemos que los lunes y los *dementores* son solo las dos caras de una misma moneda, te absorben la alegría.
Doña Leonor y yo teníamos una conexión especial.
—¿De qué trata el libro que estás traduciendo ahora?
—Es una novela de suspense, doña Leonor. Está ambientada en Oxford.
—¿Me la traerás cuando acabes de traducirla para echarle un vistazo?
Sabía perfectamente que no podía hacerlo, que tenía un contrato de confidencialidad firmado con la editorial para la que trabajaba, pero a ella le gustaba insistir.
—¿Qué novedades tiene esta semana? —Solía preguntarle a continuación, ignorando sutilmente sus ojos suplicantes.
Yo buscaba algún libro apto para mi bolsillo y ella me convencía para que guardase mi billete de diez euros porque "este (casi siempre de tapa dura y que costaba el doble) te va a gustar más".

Doña Leonor tenía edad para jubilarse, pero se negaba a abandonar el barco. No estaba dispuesta a dejar que su hijo tomase las riendas de un negocio que tantas alegrías les había dado, primero a su padre y luego a ella. De ninguna de las maneras. Ella moriría allí. Como el capitán Smith en el Titanic.

Me dirigí a la estantería de los libros de bolsillo y pasé el dedo índice por los lomos hasta llegar a uno de mis escritores favoritos. Tomé un ejemplar que todavía no había leído. Una portada demasiado simple para un escritor de tanto éxito, pensé. Hojeé el libro y sonreí.
—Buena elección, Sandra —me dijo aquel día doña Leonor.
—Gracias. Estoy segura de que sí. Me encanta Ken Follet.
Echó a un lado el ejemplar de *En el blanco* que acababa de apoyar sobre el mostrador.
—Déjame que te enseñe lo que me acaba de llegar. Debe de estar en esta caja. Encargué un libro buenísimo que se publicó a principios del año pasado si no recuerdo mal. Lo pedí especialmente para ti.
Rebuscaba entre una de las cajas de detrás del mostrador cuando una voz masculina la interrumpió.
—Disculpe, ¿tendrá cambio de veinte euros? Es para el parquímetro.

Doña Leonor cogió el billete que aquella mano le ofrecía tras de mí y, de mala gana, le dio unas monedas y un par de billetes sin tan siquiera dirigirle la mirada al joven que acababa de hablarle.
Aquella voz… Estaba convencida de que ya la había oído antes. No podía ser. Sentí cómo mi piel se erizaba sin control. ¿Era él de verdad? Giré la cabeza con el corazón acelerado. *Oh, my God!*
Aitor me vio con una expresión inocente en el rostro.
—¿Sandra?
—Hola..., Aitor —la temperatura empezó a subir a un ritmo de diez grados por segundo—. ¡Cuánto tiempo!
Traté de sonreír. Hacía muchos años que no nos veíamos, tantos que el tiempo se había encargado de hacer de las suyas. Debería haberme arreglado. Maldita sea. Estaba hecha un desastre.
Le habían empezado a salir las primeras canas y ambos habíamos cogido peso, pero nada de eso había logrado mermar su atractivo. Traté de no fijarme de forma descarada en su cuerpo: recordaba sus brazos musculosos, ahora tapados con camisa y jersey, solo podía intuirlos, pero mantenían su perfecta y contorneada forma y volumen; esos hoyuelos que se le formaban al sonreír, allí seguían, derritiéndome los sentidos con solo dibujarse en su rostro de mirada frágil y seductora. Clavó sus ojos en mí.
—¿Cómo estás? —Preguntó tras darme dos besos.
—No me puedo quejar. ¿Y tú? ¿Qué es de tu vida?
—Pues… bien... Tengo un niño que, bueno, ya no es tan niño, está en plena adolescencia, ya sabes, reventando puertas y haciendo el gilipollas. Mi ex dice que no tengo derecho a quejarme, que el chaval solo ha tenido la mala fortuna de sacar el carácter de su padre —dijo esbozando una sonrisa que me desarmó.
—¡Vaya! Siento que te hayas separado.
—Bueno, me he vuelto a casar… —hizo unos rápidos cálculos mentales—, hace casi un par de años.
—No pierdes el tiempo, por lo que veo.
Sonrió y pensé que mis piernas temblorosas no podrían soportar el peso de mi cuerpo ni un minuto más.
—¿Y tú qué tal? ¿Tienes hijos?
—Sí, dos niñas, de tres y siete años.
—¡Qué maravilla! —Exclamó—. Están en la mejor edad, lamento decirte que poco a poco se irán convirtiendo en dos jodidos demonios, así que disfruta de ellas mientras puedas.
Doña Leonor posó sobre el mostrador, haciendo más ruido del necesario, *Besos para los malditos* de Danny Miller.
—Pues… que vaya bien —le dije.
—Sí, igualmente. Me alegro de verte.
Como un autómata, pagué el ejemplar de Danny Miller sin pensar, en

mi mente solo cabía ÉL. Madre mía, era realmente ÉL.
Aitor.
MI Aitor.

—Siempre te gustó leer —soltó cerrando la puerta de su vehículo tras poner visible el tique de la ORA sobre el salpicadero.
—Y a ti no hacerlo.
—No he encontrado todavía un libro apropiado para mí.
—Eso es imposible, Aitor. Me inclino más hacia que solo se trata de tu holgazanería —solté sin intención de continuar con aquella conversación.
—Sandra, oye, ¿me dejas que te invite a un café?
Los poros de mi piel empezaron a hiperventilar. Frené en seco. Mi corazón, que empezaba a bombear con saña la sangre a cada célula de mi cuerpo, podía oírse al otro lado de la calle, estaba segura.
—No te voy a robar mucho tiempo —insistió.
Suspiré. ¡No! ¡Cabeza ordena a boca: di no! ¡Inventa una excusa: di no! ¿Qué debía hacer? ¿Qué era lo mejor? Mierda. Piensa, joder. Piensa rápido. ¿Te apetece?
—Vale —acepté. Y donde tendría que haber dicho que no, abrí sin saberlo las puertas a mi perdición—. Pero mejor mañana, si no te importa, hoy tengo cosas que hacer.
—Perfecto. Dame tu número y hablamos.
¿Mi número? ¿Acababa de pedirme mi número de teléfono así, sin inmutarse?
Notaba mi corazón en la garganta mientras desbloqueaba su teléfono móvil, podía sentir al monstruo despertarse dentro de mí.
Le dicté uno a uno los nueve dígitos y, a continuación, me dejó una llamada perdida.
—Bien, ya tienes el mío. Hablamos.
—Bien.
No sabía cómo despedirme de él o no recordaba cómo hacerlo, así que puse rumbo sin más hacia donde tenía el coche aparcado. ¡Qué acababa de suceder!
—¡Sandra! —Exclamó cuando ya me alejaba.
Giré sobre mis pasos.
—¿Conseguiste entrar en la carrera de traducción e interpretación?
Me sorprendió que todavía se acordase.
—Sí —Afirmé orgullosa.
Sonrió, y lo hizo como si el tiempo no hubiera pasado por nosotros. Tenía ganas de celebrar con él aquel triunfo, subirnos en su moto, abrazarlo fuerte y luego extender los brazos mientras él aceleraba. Éramos los dueños del mundo. O lo fuimos durante aquellas semanas en las que alcanzamos tanto con tan poco.

—¿Y tú? ¿Lograste dedicarte a la reparación de carrocerías? —Logré preguntar.
—Bueno... trabajo en Citroën —contestó.

CAPÍTULO 8 – Junio de 1998 (3)

El teléfono sonaba casi siempre a la misma hora, por eso en casa se acostumbraron a que fuese siempre yo la que se levantase a cogerlo, optase por el inalámbrico y me encerrase en mi habitación. Allí charlaba con Aitor durante horas.

Con él no había temas tabú, no había secretos. Se lo había contado todo. Absolutamente todo. Desde las primeras veces que empecé a tocarme hasta mis miedos más profundos. Él era mi persona favorita, mi lugar predilecto, mi mejor momento del día. Se había convertido en mi TODO. Podría desaparecer el resto del mundo que yo seguiría sintiéndome segura y tranquila a su lado.

—Hola, Aitor.

—Hola, preciosa. ¿Qué tal los últimos exámenes?

—Creo que bien, ya te contaré cuando me den las notas. ¿Nos vemos hoy?

Oí cómo llenaba de aire sus pulmones.

—Oye… No voy a poder quedar, no tengo buenas noticias.

—¿Por qué? ¿Qué sucede?

Estaba deseando acabar los exámenes de la selectividad para estar con él, para dar aquellos paseos en moto que me liberaban de todo el estrés, deseaba que volviese a agarrarme de la mano con cualquier excusa, como solía hacerlo cuando paseábamos juntos ante un bache en la acera, una calle que cruzar o la típica cuesta arriba en la que te falta el aire a mitad de camino.

Su mano y la mía encajaban a la perfección, como si fuesen las dos únicas piezas de un rompecabezas.

—Tengo una rotura de fibras en el gemelo.

—¿Qué? ¿Desde cuándo? —Pregunté preocupada.

—Desde el pasado fin de semana, tuve una pequeña caída con la moto.

—¿Y por qué no me lo contaste?

—¿No tenías ya suficientes preocupaciones con los exámenes?

—Joder, Aitor, tienes que contarme estas cosas. —Llevábamos unos cinco días sin vernos, pero hablábamos por teléfono a diario. Entendía el motivo de su silencio, pero también me molestaba—. Tienes que estar en reposo, me imagino.

Cerré los ojos tratando de calmarme. No me gustaba nada no poder verlo, estaba cabreada con el mundo.

—Correcto. Estoy tirado todo el día en cama, poniéndome hielo de vez en cuando y drogándome con paracetamol.

No estaba segura de si podría pasar muchos más días sin verlo.

Necesitaba estar con él, sentir su contacto, oír su voz…
Estaba siendo egoísta, en realidad, solo debería preocuparme por que se recuperase cuanto antes.
¡Qué coño me pasaba!
Además, por más que me resistiese a admitirlo, estaba traspasando los límites del *código ético*.
¿Me estaba convirtiendo en un ser despreciable o solo me lo parecía?
—Bueno, pues... espero poder verte pronto.
—Sí, ya veremos qué hacer, porque yo también quiero verte.
El corazón me dio un vuelco. Me encantaba oírle decir eso.
—¡Qué fastidio! —Exclamé.
—Encontraré el modo, ¿vale?
—Vale.
Valentina entró en mi habitación de punta en blanco: con sus preciosos rizos negros cayéndole en cascada por la parte frontal derecha de su cuerpo, una blusa color malva que realzaba su incipiente madurez, vaqueros cortos y, lo que por aquel entonces nos parecía lo más, unas botas ART recién compradas gracias al esfuerzo de ahorrar alrededor de medio año de pagas. Porque las botas ART se llevaban hiciese el tiempo que hiciese, y si era junio y la temperatura exterior alcanzaba los veintisiete grados Celsius, era tan válido llevar puestas aquellas botas como unas sandalias.
—Estás guapísima —dije dándole dos besos.
—Gracias. ¿Y esa cara? —Preguntó.
—Aitor no se encuentra bien, se cayó con la moto y tiene una rotura fibrilar.
Sabía que Valentina se había arreglado para él y, sumida en mi egoísmo, ni siquiera pensé en avisarla de que no hacía falta que se preparase en exceso.
—¡Qué mal! —Soltó—. ¿Y tú estás bien?
—¿Yo?
—Sandra —continuó—, se os nota que os gustáis.
Mierda, eso sí que no me lo esperaba.
Las lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas.
—Oye, está bien, no pasa nada —dijo.
—Lo siento, Valen, es que… es mucho más que eso… Aitor es… No había sentido nunca nada igual, es… Una locura. Lo siento, lo siento mucho. Traté de no seguir sintiendo cosas, pero…
—Oye, que no me importa, de verdad —insistió Valentina—, os gustáis. Está claro que ahí no me puedo meter.
—Soy la peor de las amigas —continué sin poder detener el llanto que ya me quemaba las mejillas.
—Estás enamorada, y te repito que no me voy a meter en el medio, ¿vale?

La abracé sin dejar de llorar. No entendía cómo podía tomárselo tan bien, cómo podía seguir hablándome después de aquello. Yo no me lo habría tomado así. Habría gritado, me habría encerrado en mi habitación durante días con música deprimente a todo volumen y, por supuesto, se habría acabado nuestra amistad. Ella estaba a otro nivel.
—No solo estoy enamorada, Valen, siento que es mucho más que eso, siento que... lo necesito a mi lado.
El llanto me impedía expresarme como me gustaría, intentaba pedir perdón y permiso al mismo tiempo, y no sabía muy bien cómo hacerlo.
—Sí que te dio fuerte, chica —bromeó tratando de tranquilizar los ánimos.
—¿Fuerte? ¡Quiero pasar el resto de mi vida con él! Es… Es él, tiene que serlo. Es... el amor de mi vida, Valen.
Frunció el ceño y se quedó en silencio tratando de procesar lo que acababa de soltar.
—OK... Me parece que exageras un pelín, pero… vale. Todo tuyo.
—Por favor, por favor, por favor —supliqué—, no me odies por esto.
—¡No digas tonterías, Sandra! ¡Solo es un tío!

CAPÍTULO 9 – Julio de 1998 (1)

Caminé tras el hermano de Aitor hasta un edificio antiguo del centro histórico. La entrada no era muy acogedora, la verdad; con la pintura desconchada y el griterío de los vecinos, me pregunté si haber ido hasta allí había sido realmente una buena idea.
No recuerdo el nombre del chico ni su aspecto físico, solo que me indicó con un gesto de barbilla dónde estaba la habitación de su hermano y que no le importó nada más, como si hubiese entregado *el paquete* según lo acordado.

Con la pierna inmóvil y solo unos pantalones cortos vistiendo su cuerpo, Aitor puso la mejor de sus sonrisas al verme entrar en su dormitorio. Me encantaban aquellos hoyuelos que se le formaban en las mejillas.
Me sentí extraña, de pronto caí en la cuenta de que era la primera vez que estaba a solas con él entre cuatro paredes.
—Hola, Sandrita. Tardaste mucho.
—¿Cómo estás? —Pregunté mientras dejaba mi bolso en el suelo.
—Ahora mejor, te echaba mucho de menos. Dame un beso, anda —pidió.
Lo besé en las mejillas, dos besos para ser exactos.
Me bastaron aquellas pocas palabras para comprender que la conversación no fluía en aquella habitación como lo hacía por teléfono o en los lugares en los que solíamos vernos.
—Es mejor que cierres la puerta, estaremos más tranquilos.
Accedí, aunque muerta de vergüenza. No sabía cuánta gente había en aquella casa ni qué iban a pensar de que nos quedáramos a solas en su dormitorio.
—¿Te encuentras bien?
—Sí —mentí.
—Pues ven, pero antes cierra con llave para que nadie nos moleste —dijo invitándome a sentarme a su lado.
Tragué saliva, le di una vuelta a la llave y me saqué las deportivas para recostarme junto a él.
—¿Y tú? ¿Me has echado de menos?
—Mucho —aseguré intentando relajar la musculatura.
—¿Más o menos que a Mario?
¿En serio me acababa de preguntar por el gilipollas de Mario? Sentí un sudor frío bajando por mi nuca mientras miraba a Aitor desconcertada.
—¿Me tomas el pelo? ¡Qué le den al imbécil de Mario! —Alcé la voz

molesta.
Ese tío ya no pintaba nada en mi vida y Aitor lo sabía. Lo que probablemente desconocía era que ya solo tenía ojos para él.
Noté entonces sus dedos entrelazarse con mi pelo. Giré la cabeza hacia él. Sentí las preguntas que sus ojos me hacían, buscando un atisbo de duda en lo que ambos sabíamos que estaba a punto de suceder. Ansiaba tanto aquel momento... que estaba convencida de que nuestro primer beso no podía ser un error. Cálido, suave, sencillo. Como los besos que minutos antes nos habíamos dado en las mejillas. Me moría por alcanzar esa otra dimensión más íntima. Más nuestra.
—Voy a besarte —me dijo.
Cerré los ojos y esperé el contacto de sus labios sobre los míos. El reloj se detuvo. Solo quería sentirlo. Sentir ese primer beso, la delicadeza de sus manos sobre mi piel… Aitor. MI Aitor. Y, desde aquel instante, mi chico... o eso pensaba.

Los besos dieron comienzo al juego de deslizar las yemas de sus dedos sobre mi piel. Me encantaba aquel contacto que me erizaba los sentidos.
Su mirada, profunda y sensual, pidió entonces permiso para avanzar sobre mi cuerpo. No ofrecí resistencia alguna.
Me sacó despacio la camiseta, sin dejar de besarme, y me rodeó con sus brazos, fuertes y definidos. Una explosión de placer me recorrió el cuerpo cuando sentí su torso desnudo pegado a mis pechos.
—¿Puedo? —Preguntó con una mano sobre el cierre de mi sujetador.
—Sí —contesté.
Deslizó su mano hasta uno de mis pechos y dejó escapar un gemido que me excitó sobremanera. Tan pronto como noté su lengua jugar con mi pezón, le coloqué mi mano en la nuca y lo acerqué más a mí.
—¿Te gusta? —Preguntó en un susurro.
—Sí.
Estaba entregada al placer, buscando agónicamente el roce de su cuerpo contra el mío.
—Voy a desabrocharte los pantalones —dijo.
Deslizó entonces su mano hacia el interior de mis bragas. Gemí, arqueando la espalda, no tenía ni idea de que el placer pudiese alcanzar aquella dimensión.
—Tócame —pidió.
Quería acariciarle la polla, pero no tenía ni idea de cómo hacerlo.
Se tumbó bocarriba y me acercó la mano a sus pantalones.
—¿Bajo? —Pregunté.
—Solo si te apetece.
Desabroché su pantalón e introduje lentamente la mano hasta encontrarme con su sexo. Mis dedos lo agarraron con delicadeza, pero

entonces cubrió mi mano con la suya y la presionó. Mi muñeca comenzó a subir y a bajar con movimientos rítmicos. Sus jadeos me excitaban tanto como las caricias que se sucedían sobre mi piel.
Su mirada, ahora llena de lujuria, buscó la mía y volvió a besarme. Se acercó a mi oído.
—Voy a sacarte todo lo demás.
Mi mano salió del interior de su ropa para ayudarle en la tarea. Vino entonces otra oleada de placer cuando, sin previo aviso, introdujo uno de sus dedos en mi interior y comenzó a deslizarlo adentro y afuera.
—¿Quieres hacerlo? —Preguntó.
—No —contesté.
Quería, ¡claro que quería que me follase! Pero no estaba segura de si hacerlo en nuestro primer encuentro íntimo sería lo más indicado. Además, la virginidad era algo que debía preservar todo el tiempo que pudiese, así me lo habían enseñado.
Cerré los ojos y seguí gimiendo mientras su dedo se movía con destreza en mi interior y su polla se rozaba contra mí.

—Creo que el gemelo ha dejado de dolerme —bromeó.
—Me alegro —reí.
Las yemas de sus dedos continuaban explorando mi piel.
—¿Cuándo te dan las notas? —Preguntó.
—Dentro de unos días.
El silencio se llenaba de amor. Mis sentidos le pertenecían. El mundo entero había dejado de existir fuera de aquellas cuatro paredes. Ya no importaba nada más, quería emborracharme de él, entregarle mi vida, mis sueños, mi cuerpo… Me tenía. Era suya. Daba igual lo que quisiese hacer conmigo, era el hombre de mi vida. No tenía dudas. Ninguna. Porque mi amor por él superaba todo aquello que había sentido antes. Mi corazón rebosante solo podía sonreír.
—¿En qué piensas? —Preguntó.
Le contesté con un beso en los labios. Era demasiado pronto para soltar un te quiero.
—Vale… Pues cuéntame algo —pidió entonces.
Y, en el momento más íntimo y feliz de mi vida, mi boca decidió formular la peor de las preguntas.
—¿Sigues pensando mucho en tu ex?

CAPÍTULO 10 – Febrero de 2016 (2)

En pocas horas todo habría acabado, volvería a mi vida de antes, seguiría acordándome de Aitor de vez en cuando y solo perdería algunos momentos con ensoñaciones sobre lo que podía haber sido mi vida a su lado si no se hubiese comportado como un completo mamón. Sin embargo, estaba nerviosa, muy nerviosa, me pasé el resto del día tratando de mantener la calma y aparentar normalidad.
—Mamá, ¿por qué tiras estas cucharillas? —Había preguntado mi hija mayor tras encontrárselas en la basura.
—Pues… aquí tenemos la respuesta —dije mostrando dos yogures vacíos en el fregadero.
Aitor no salía de mi cabeza, y aquella tarde de lunes solo me preocupaba qué ponerme al día siguiente, cómo actuar y qué debía contarle. ¿Me escribiría él a mí? Yo no iba a hacerlo. ¿Y si él tampoco lo hacía? ¿Y si volvía a dejarme tirada? ¡Joder, me apetecía mucho tomarme aquel café con él!
Cogí el teléfono. Ningún wasap. Quizá debería olvidarme del tema. Sabía lo cabrón que había sido y lo jodidamente mal que me lo había hecho pasar. Lo mejor era alejarme de él, sin duda alguna. Además, le estaba ocultando a David que había quedado con alguien al día siguiente, o que tenía intención de hacerlo, y eso era una forma más de traición, al menos tratándose de un ex. No me gustaba. No. No era apropiado.

El WhatsApp sonó por enésima vez a las siete y media de la tarde, creí que me moría cuando al fin vi su nombre.
—Hola, Sandrita. ¿Te veo mañana?
¿Debería esperar un poco para responder? No quería parecer ansiosa. Tomé aire y lo solté un par de veces antes de escribirle.
—En el Laberinto del Café a las 10:30.
Ya estaba. Lo había hecho. No quería alargar la conversación ni perder la oportunidad de quedar con él. Si realmente estaba interesado nos veríamos allí. ¿Me contestaría? No, seguro que no iba a hacerlo. ¡Será cabrón!
—Ok.

A las nueve y media, tras dejar a las niñas en el colegio, como cada día, decidí dejar el coche en casa y dar un largo paseo hasta la cafetería. Una hora de caminata me ayudaría a despejar la mente.
Ni rastro de Aitor cuando entré en el local.
Busqué un lugar alejado de miradas indiscretas. Solo iba a tomarme

un café con un viejo amigo. Traté de convencerme de ello. Ya no sentía nada por él, o no pretendía sentirlo. Todo estaba enterrado. Nos pondríamos al día y cada uno por su lado. O quizá podríamos retomar la amistad. ¿Le parecería bien a David? Seguramente no.

—Hola, guapa.

El corazón volvió a salir de mi pecho como un volcán en erupción.

—Hola.

No me levanté a darle dos besos, mi subconsciente sabía que el mínimo roce podría provocar un estallido de emociones que no me podía permitir.

—¿Cómo estás?

Había tantas formas de contestar a esa pregunta...

—Bien —dije sin más.

—Me alegro de que seas feliz.

¿Feliz? ¿Lo era realmente?

—Gracias. ¿Y a ti cómo te va? Fue toda una sorpresa encontrarme ayer contigo.

—Pues a mí… no me va tan bien. Mi matrimonio tiene los días contados, mi hijo no me dirige la palabra y he cogido más kilos de los que quisiera reconocer.

Sonreí, estaba claro que no tenía ni idea de lo *buenorro* que seguía estando.

—Siempre me gustó tu sonrisa —dijo entonces.

Lo interrogué con la mirada y no pude más que acabar soltando un suspiro.

—Hay cosas que quieres decirme, ¿verdad?

—No, han pasado muchos años, Aitor. Ya no vale la pena.

Tomó aire.

—Vamos, suéltalo, si no lo haces ahora quizá no puedas hacerlo nunca más.

Negué con la cabeza, pero él insistió.

—Me perdiste y te perdí, ¿es eso?

Un cúmulo de emociones se arremolinaron en mi pecho. Ira, miedo, vergüenza, tristeza.

—Más o menos.

—Vamos, quiero que me lo digas.

Fijé mi mirada en la suya, ¿estaba preparada para soltar al fin todo lo que llevaba años guardándome? ¿Y si, como él había dicho, no se me presentaba otra ocasión para hacerlo?

Tomé aire y busqué en lo más profundo de mis entrañas aquel desasosiego que tantas semanas había llevado de adolescente cargado a mis espaldas, el dolor que me había producido su ausencia, las lágrimas derramadas... y entonces encontré la voz que mi yo adulta deseaba ofrecerle a mi yo adolescente.

—¿Sabes cuál fue la diferencia entre tu pérdida y la mía? —Pregunté al fin.
Aitor me vio con ojos de cordero degollado.
—Dímela —pidió.
—Yo solo perdí a una persona que no me quería, una persona a la que no le importaba lo más mínimo. Pero tú… tú perdiste a alguien que se habría arrancado el corazón para que vivieras, alguien que te dedicó lo más preciado que tenemos: nuestro tiempo, que te ofreció un amor puro, incondicional y sin límites, la confianza más plena y absoluta, alguien que te amaba de verdad y que jamás te habría fallado… Así que no, yo no perdí nada, en realidad fuiste tú el perdedor en esta historia.
Agachó la mirada. Sabía que tenía razón.
—Fui un capullo inmaduro —añadió.
—Sí —afirmé con rotundidad.
—¿Y por qué dejas que te invite a este café?
Pensé en cómo decírselo sin pisotear mi orgullo, mi ego ni ese muro que había construido durante años para arrinconar lo que no dejé de sentir por él ni un solo instante de mi vida.
—Porque no soy rencorosa —solté sin mucho convencimiento mientras tomaba la cucharilla para remover el azúcar que acababa de echar en el café.
El silencio nos envolvió unos instantes.
—Gracias —dijo al fin.
No estaba aún preparada para decirle que era el hombre de mi vida, que los cimientos de todo lo que había construido hasta ese entonces se estaban tambaleando como gelatina, que lo único en lo que podía pensar era en cómo meterlo en la ecuación de mi vida.
—¿Puedo darte un abrazo? —Preguntó de pronto.
Me acerqué a él y dejé que me abrazase. En realidad llevaba casi veinte años esperando aquel momento. Y, de repente, mi cuerpo empezó a temblar, no podía controlar aquella descarga de emociones. En silencio y sin soltarnos, agradecí y maldije a partes iguales los caprichos del destino. ¿Por qué tenía que traerlo de vuelta a mi vida cuando ya tenía una familia, un marido maravilloso y dos hijas de cabellos rubios y sonrisas pícaras que no alcanzaban el suelo sentadas a la mesa? Pero entonces sentí sus labios sobre mi cuello, solo un par de veces, o quizá tres, y aquello fue demasiado para mí. Ansiaba posar mis labios sobre los suyos, reconocer el sabor de su boca tantos años después, volver a experimentar la explosión de emociones que solo se siente con el amor de tu vida… Y, sin pensarlo dos veces, lo hice. Posé mi mano sobre su rostro y acerqué mis labios a los suyos. Necesitaba besarlo como quien necesita beber agua tras vagar sediento por las dunas del desierto. Durante ese primer segundo en el que solo mis

labios cobraron movimiento, agradecí que no se apartase de mí, jamás había tomado la iniciativa en estos menesteres, pero los besos que vinieron después… esos solo podían ser obra de dos almas que agonizaban por volver a sentirse cerca.
A diferencia de él, no pude abrir los ojos tras separarnos.
—¿Ya estás arrepentida? —Preguntó de pronto.
Negué con la cabeza.
—Vámonos de aquí, necesito que me lleves a casa —dije poniéndome en pie.
Recogí mis cosas y me encaminé a la salida mientras Aitor se quedaba pagando los cafés que no nos habíamos tomado.
¿Cómo iba a ver ahora a mi marido? ¿Y a mis hijas? ¿Quién era? ¿En quién me había convertido de la noche a la mañana?
—¿Te encuentras bien? Tengo el coche en el centro comercial —dijo guardando el monedero en el bolsillo de su pantalón.
Asentí con los ojos cerrados y puse rumbo al aparcamiento sin soltar una palabra. No podía pensar en nada más que en él. En los sentimientos que comenzaban a despertarse otra vez, en el vacío que empezaba a llenarse dentro de mí... Ese vacío con el que ya me había acostumbrado a vivir.
—¿Por qué lo hiciste? —Preguntó tras ese silencio incómodo que no me atrevía a romper.
Crucé la mirada con él unos instantes.
—¿Por qué me besaste? —Insistió.
—Porque me apetecía —contesté sin dejar de apurar el paso.
Habíamos caminado solo unos metros cuando apoyó su mano sobre mi espalda mientras esperábamos a que el semáforo cambiase a verde en un paso de cebra.
—Ahora es a mí a quien le apetece volver a besarte.
Traté de ignorar sus palabras y aquella presión tan placentera que su mano provocaba sobre mi cuerpo. Necesitaba llegar al coche, que lo encendiese y me llevase a casa o a algún lugar lejos de allí, de la tentación que suponía tenerlo tan cerca. ¿El único problema? Que mis ganas de meterle la lengua hasta la garganta no dejaban de crecer a medida que nos aproximábamos a su Hyundai Tucson, aparcado en la planta menos uno del centro comercial.
El sonido de sus pasos junto a los míos pasaron a ser nuestra única conversación, suficiente para disimular los latidos de mi corazón, que clamaba por salir de mi pecho para unirse al suyo. No podía dejar de temblar y ya me había resistido a seguir intentándolo.

Me abrió la puerta del copiloto en un intento por acercarse más a mí. Lo noté a pesar de su mirada disimulada. Sentía en el ambiente esas ganas de comernos mutuamente. De olvidarnos del resto del mundo

para convertirnos en lo que nunca debimos dejar de ser. Cerró la puerta y rodeó el coche con ese paso suyo tan masculino que reconocería en cualquier parte. Y entonces me preparé para lo que vendría después. No sabía si aquella sería la última vez, ¿y si lo volvía a perder al día siguiente? Dejé que pasara. Sin pensar en nadie más que en mí. Y luego en él. Vinieron entonces los siguientes besos y alguna que otra caricia. Primero en la nuca, después en la espalda y terminó con su mano apretando mi trasero para acercarme a su cuerpo todo lo posible.

No sé en qué momento de aquella guerra de besos caí en la cuenta de que estaba siendo infiel. INFIEL. Me cago en mi puta vida. La ira se apoderó entonces de mí. Estaba enfadada. Mucho. Con el mundo o conmigo, qué sé yo. Y al fin tuve fuerzas suficientes para soltárselo.

—Si no ibas a quedarte, ¿por qué dejaste que me enamorase de ti?

Esa pregunta llevaba muchos años guardada dentro de mí.

—Porque no sabía cómo decirte adiós. Por aquel entonces… era un completo gilipollas… y lo siento, lo siento mucho. No sé si algún día podrás perdonármelo.

CAPÍTULO 11 — Abril de 2016, Valentina y un café (2)

Nunca había pasado por mi cabeza ponerle los cuernos a mi marido. Ni una sola vez. Jamás. Me habían gustado otros chicos, pero tenía claras mis prioridades: formar una familia, tener un trabajo estable, un hogar… El día que David me pidió matrimonio arrodillándose en aquel lujoso restaurante ante la atenta mirada de los demás comensales, sentí que al fin mi vida tomaba la forma y el camino que tanto había deseado. Un marido perfecto: guapo, inteligente, con un buen trabajo, alguien con quien tener hijos y vivir en una casita de planta baja cerca de la playa. Todo estaba perfectamente planeado en mi cabeza. Sin fisuras. No las había hasta que Aitor volvió a cruzarse en mi camino.

Valen relajó su postura, apoyó el codo sobre la mesa, reposó la cabeza sobre su mano y puso una media sonrisa, esa que me invitaba a abrirme en canal y contarle hasta el último y más oscuro de mis secretos.

—Vale, cuéntamelo —dijo adivinando al fin lo que yo realmente necesitaba de aquel café.

Cerré los ojos, tomé aire y los volví a abrir.

—Pero cuéntamelo desde el principio, han pasado muchos años y necesito meterme en contexto.

—Bien… La primera vez que lo vi no me fijé en él —comencé—, ya sabes, estaba saliendo con aquella amiga de Annette de ojos azules, ¿te acuerdas de ella?

—Sí, ¡cómo olvidar aquella mirada!

Sonreí y asentí con la cabeza.

—¿Te acuerdas de cuando me enrollé con…? ¿Cómo se llamaba?

—Venga ya, me apuesto el culo a que recuerdas el nombre de todos los tíos con los que te has liado.

—Vale, sí —reí—, se llamaba Mario, pero no es importante.

A Valentina le dio un ataque de risa y de tos al mismo tiempo.

—El pibón de Mario, cabrona, ¡qué bueno estaba aquel tío!

Me invitó con la mirada a que continuase.

—Pues un día me enrollé con ese imbécil de cuyo nombre habría preferido no acordarme y… lo que yo pensaba que sería el comienzo de un bonito cuento de hadas, no significó absolutamente nada para el muy gilipollas. Me dejó el corazón roto, para qué negarlo.

—Sí, me acuerdo —dijo mi amiga apoyando su mano sobre la mía.

—Casi de forma simultánea, a Aitor lo dejó su pareja.

—¿Llevaban juntos mucho tiempo?
—Creo que unos dos años —contesté.
Me soltó la mano y volvió a apoyar la cabeza en la suya.
—¿Y qué pasó después?
—Pues que pasamos a ser dos moribundos en la tierra del desamor.
Recordaba perfectamente nuestro primer paseo, me había invitado a salir del bar en el que todos reían a carcajadas. Todos excepto él y yo. Ambos éramos conocedores de la historia de fracaso del otro. No hizo falta más para que encontrásemos a la persona perfecta con la que hablar, tranquilamente, sin que los demás nos incordiasen con sus "venga, ya encontrarás a otra persona", "tengo un amigo ideal para ti", "un clavo quita otro clavo", "en cuanto eches un polvo se te pasará"… Esa colección de frases que se dicen como churros y que no sirven para absolutamente nada, solo para sacarle el cargo de conciencia al amigo de turno por su total indiferencia hacia tu malestar emocional.
—Recuerdo lo bien que os entendíais... y que yo tuve que sacarme del medio tan pronto como me lo confirmaste.
Asentí con la cabeza y traté de disculparme con ella otra vez por aquello, pero me interrumpió.
—Sigue, sigue.
—Dimos un paseo, como amigos. Él me habló de su ex, de lo mucho que la echaba de menos, de las ganas que tenía de volver a besarla, a acostarse con ella… Y yo le abrí mi corazón para decirle que su amigo me gustaba desde hacía semanas, que pensaba que esos besos que nos habíamos dado solo eran un comienzo y no un rollo de una noche.
Valen permanecía en silencio asintiendo de vez en cuando.
—Empezamos entonces a quedar a solas, sin el resto de la pandilla, esa parte ya la conoces. Nos sentíamos bien juntos. Él me llevaba en su moto y yo le hacía todas las preguntas que se me pasaban por la cabeza. Era un chico tímido y quería que sacase todo lo que llevaba dentro.
—Veo que al final sí que lo sacó —rio Valen con socarronería.
—No —reí también—, al menos no en aquel momento.
Giré a ambos lados la cabeza, la conversación estaba subiendo de tono y necesitaba asegurarme de que guardábamos suficiente distancia con las mesas ocupadas a nuestro alrededor.
—¿Y cuándo decidisteis consolaros con algo más que palabras?
—Empezamos a cogernos de la mano, a sostenernos la mirada largo tiempo, a acariciarnos los dedos, las palmas de las manos, el vientre… Creo que al principio fue solo un jueguecillo para los dos, pero pronto nos acercamos más y más hasta que…
—Hasta que te metió la lengua en toda la boca.
—¿Por qué tienes que ser tan basta? —Pregunté con cara de enfado

simulado.
—¿Y tú tan promiscua?
—Vale, déjame continuar.
—Adelante —dijo suspirando.
—No sé si te acordarás, tuvo una rotura de fibras en el gemelo y pasamos unos ocho días sin vernos. Nos llamábamos por teléfono a diario, pero no era lo mismo.
—Nunca es lo mismo —afirmó rotunda.
—A la desesperada mandó a su hermano a buscarme y nos encerramos directamente en su habitación cuando llegué a su casa.
Valen me veía con la boca abierta.
—Cuando me quise dar cuenta tenía los pantalones desabrochados y su mano dándome más placer del que había sentido nunca en mi vida.
—¡Joder! Al final conseguirás que me ponga cachonda aquí mismo —rio—. ¿Y no follasteis?
Negué con la cabeza.
—Me lo pidió, pero le dije que no.
—¿Por qué?
—¡No era más que una cría!
—Ya. Una cría a la que le estaban metiendo los dedos por todas partes.
—¡Valentina, por Dios!
—Vale, ¿y qué pasó después?
—Después de un par de horas tocándonos… mencioné a su ex. Sí, no hace falta que me lo digas. Fue el peor tema de conversación que podía haber sacado en aquel momento.
Notaba los esfuerzos sobrehumanos de mi amiga por no llamarme imbécil.
—En ese momento desaparecí de su cabeza, salí por un lateral mientras le abría a su ex la puerta grande y con honores. Yo no era como ella. Nunca lo sería. Una chica más guapa que yo, más delgada, más mayor, con curro… Y que le daba lo que yo aún no estaba preparada para darle.
—Menudo gilipollas —soltó de pronto.
—¿Por?
—Porque recuerdo que dejó de cogerte el teléfono de un momento para otro.
—Correcto. No me dio motivo alguno, yo solo necesitaba una mísera explicación para intentar pasar página… Pero no me dio nada.
—Es lo que hacen los tipos como él, Sandra, y, ¿sabes qué? Es más difícil cambiar a un hombre que limpiarse el culo con ortigas.
—Verás… En realidad no necesito que cambie, solo es un… ¿Cómo lo llaman ahora? ¿*Follamigo*?
—No, mi vida, esos son los amigos que te follas cuando no tienes

pareja. En tu caso sigue llamándosele amante.
Suspiré. No me gustaba esa palabra. Me sumergía en la podredumbre de la ruindad, de las personas enfermizas, mezquinas. Ya tenía mi pase VIP para el infierno, ese que le ofrecían a las esposas infieles de braga floja. De pronto, me sentí como una prostituta, y no precisamente como una *escort* que podía ofrecer un final feliz a sus clientes más pudientes. No. Ya me gustaría. Yo me sentía más como una puta. Sin más. Con todas las connotaciones negativas que podían asociarse a la palabra más allá del sexo.

CAPÍTULO 12 — Febrero de 2016 (3)

Después de nuestro primer contacto físico, de haberle sido infiel a mi marido y Aitor a su mujer, tuve que establecer una nueva escala de valores. El respeto desapareció del *top ten*, así como la lealtad, la honestidad, la integridad y, por supuesto, la moralidad.
Tenía la necesidad de volverlo a ver. Quería más, ¿eso incluía follármelo? Sí, por supuesto, pero no quería que fuese ya, necesitaba esperar algo más de tiempo, hacer las cosas *bien*. ¡Qué paradoja! ¿Acaso podía ser infiel y hacerlo bien? No, la respuesta era un no rotundo. Además, no sabía lo que él deseaba, no sabía si volvería a escribirme, si todo lo que había sentido al besar sus labios había sido unilateral o quizá se lo habría pensado mejor y, como había hecho años atrás, se alejaría de mí sin explicación alguna y dejándome nuevamente en ese mar de lágrimas que tomaba forma a medida que pasaban las horas y no tenía noticias suyas.

—*Hola, Sandra. ¿Cómo estás?*
Perdida. Me sentía perdida en una vida marital *perfecta* que me gustaba, pero que ya no deseaba. ¿Y si intentaba ignorarlo? ¿Y si trataba de enmascarar una vez más lo que sentía hacia él?
—*Bien, ¿y tú?*
—*Me apetece verte.*
Estaba sonriendo. ¿Eso era bueno? No, no podía serlo. Mierda.
—*A mí también me apetece verte.*

Sugirió quedar en un hotel y que "pasase lo que tuviera que pasar", pero yo no quería mostrarme tan dispuesta todavía. O, al menos, no quería acabar follándomelo en un hotel cualquiera el segundo día que me enrollaba con él.

Aparqué el coche al lado del suyo. Traté de escuchar a mi Pepito Grillo, pero mi conciencia no habló o quizá lo hizo en un idioma que no entendía. Salí de mi coche y entré en el suyo.
Volveríamos a besarnos, creo que eso estaba claro para los dos, pero iba con el firme convencimiento de que no pasaría nada más. Me controlaría y lo dejaría con ganas de más, deseaba que quisiese volver a verme, no podía dárselo todo. No, no iba a hacerlo.
—Hola, guapa.
¿Qué coño estaba haciendo y por qué?
—Hola.
—¿Cómo te encuentras hoy?
—Intentando aceptar esta situación —respondí.

—¿A qué te refieres exactamente?
¿Qué? ¿Pero qué clase de pregunta era aquella?
—Joder, Aitor. Estoy casada, ¿sabes?
—Ya… yo también.
—¿Y no te importa? —Pregunté.
—Puedo soportarlo.
Me dio la mano durante los diez minutos de trayecto que había hasta la antigua fábrica de quesos, un edificio en ruinas cuyas inmediaciones utilizaban los jóvenes (y no tan jóvenes) de forma habitual como *picadero*.

Nos besamos, lo hicimos como si no hubiera mañana. Se me pasó por la cabeza mi marido un par de veces, pensaba algo así como que en algún momento se enteraría, no podía ser de otra manera, esas cosas se intuyen, pero no me importó.
—¿Sabes? Siento malestar por mi hijo y tus niñas, pero no por David ni por mi mujer. Quiero ser feliz y merecemos serlo. A la mierda.
Y siguió besándome, como si decir aquello en voz alta cubriese con un tupido velo la infidelidad hasta volverla "aceptable".
—¿Vamos para atrás? Estaremos más cómodos —dijo.
—Sí.
Quería sentarme en el asiento trasero del coche para dejar de clavarme la palanca de marchas por todas partes, pero también me preocupaba que no fuese lo suficientemente fuerte para aguantar las ganas que le tenía.
—¿En serio has traído la tablet? —Pregunté viendo el bolsillo trasero del asiento del copiloto.
—Sí, no sabía qué ibas a querer hacer. Puede que te apeteciese ver una peli.
—¿Crees que podría ver una peli contigo ahora mismo?
—¡No, ni de coña! —Contestó besándome fervientemente.
Me senté encima de él y le besé el cuello, le mordisqueé la oreja y busqué sus labios como si me fuera la vida en ello. Quería sacarle la ropa, acariciar su piel, abrazarlo, fundirme con él. Y no era la única. Cuando me quise dar cuenta estaba sin bragas esperando a que abriese la caja de preservativos que acababa de comprarse.
Cuando te acuestas con alguien por primera vez no sabes cómo va a ser. No sabes cómo le gusta, si prefiere estar arriba o abajo, si va a decirte guarradas al oído, si le gusta que grites, si le gusta ser escandaloso al correrse… La parte buena: estás tan caliente que todo te da igual. Solo quieres disfrutar, sentir cómo te tocan, cómo te besan y, a poder ser, alcanzar el mayor de los orgasmos.

CAPÍTULO 13 — Marzo de 2016 (1)

David era todo lo que cualquier mujer podía desear y, a pesar de saberlo, me pasaba los días buscando momentos para ver a Aitor, a veces solo para tener con él un encuentro sexual y otros para tomarnos un café o simplemente charlar. Sentía que entre los dos hombres me completaban, pero que cada uno de ellos, por separado, no llegaban a ser suficiente. Con David me sentía segura. Me gustaba su saber estar, su honestidad, su inteligencia… Mientras que Aitor me aportaba el sexo más placentero que había tenido en mi vida, locura, desenfreno, me devolvía las ganas de comerme el mundo, de pensar que todo seguía siendo posible... Era capaz de transportarme a mis diecisiete con solo sonreír.

Pasadas las cinco y media de la tarde, como cada día, David entró en casa y nos besó a las tres sin dejar de hablar por su teléfono móvil. Pelé y corté en pequeños trozos dos manzanas y preparé dos bocadillos de jamón y queso, busqué los platos favoritos de las niñas en la alacena, los de princesas Disney, y las llamé para que viniesen a merendar. Tenían media hora para acabarse el plato, diez minutos para que su padre las acercase a la academia de ballet, una hora de *pliés* y *relevés* en los que Aitor y yo nos amaríamos como si no hubiese un mañana, tardaría diez minutos en volver a casa, cinco para ducharme y sacar su olor de mi piel, otra hora y media para estar con las niñas y preguntarle a mi marido qué tal su día en el trabajo, preparar la cena y sentarnos a la mesa como cada noche, momento en el que me comportaría como la esposa comprometida con su feliz y perfecta familia. Ese estado idílico bajo el que el ojo ajeno nos escrutaba.

Nuestro punto de encuentro era siempre el mismo: el aparcamiento del centro comercial. Yo me subía al asiento del copiloto y no hablábamos hasta alejarnos de todo indicio de vida humana. En ese momento comenzaba un juego de caricias que a menudo empezaba con mi boca en su pene antes de llegar a la antigua fábrica de quesos, otras veces nos quedábamos sintiendo la tensión sexual que solo rompíamos con conversaciones sin mucha trascendencia.

—¿En qué piensas? —Preguntó.
—Me gustaría empezar de cero contigo.
—¿A qué te refieres?
Apoyé mi cabeza sobre sus piernas desnudas y dibujé un corazón con el dedo gordo del pie en la ventanilla humedecida de la parte trasera

del coche.
—Quiero volver a tener veinte años y todo un futuro por crear a mi alrededor. Buscar un trabajo nuevo, quizá una nueva profesión, alquilar un piso de mala muerte y… —frené en seco, no podía decirle aquello.
—¿Y?
Negué con la cabeza.
—Vamos, dímelo.
—No, no quiero asustarte.
—A estas alturas nada me asusta, Sandra. Venga, suéltalo.
Tomé aire. ¡Qué podía perder!
—Me gustaría un futuro contigo.
Vale, ya lo había dicho.
—Podemos hacerlo.
—¿Qué?
—Que podemos hacerlo, cariño. Podemos darnos una segunda oportunidad. A mí también me apetece.
Aitor siempre tenía en su boca la respuesta que yo quería oír. Quizá no fuera necesario ni hacer la pregunta. De eso se trataba: de esa sintonía, de esa complicidad. Después de todo, él era el hombre de mi vida. Lo sabía y lo sentía. Esa mitad que en algún momento de la creación del universo se había separado de mí, una parte que no había dejado de buscar en toda mi vida.
—¿Y también te gustaría tener más hijos? —Me preguntó.
—No lo sé, no me lo había planteado. ¿Y a ti?
—Siempre dije que no tendría más de uno.
—Sí, vale, pero eso no importa. Vamos evolucionando, ¿sabes? No tienes por qué pensar lo mismo que hace diez años.
Se quedó un rato en silencio.
—Contesta tú primero —pidió.
David no quería tener más hijos. Decía que con dos estaba bien, que era práctico, que teníamos espacio suficiente en el coche y que cabíamos en una habitación estándar de cualquier hotel.
Tener dos hijas estaba bien, pero me habría encantado poder convencerlo para tener uno más, David sabía cuánto deseaba engendrar un hijo varón, pero eso nunca pareció importarle. El día que se hizo la vasectomía sentí el suelo desaparecer bajo mis pies. Traté de mantener relaciones sexuales sin precaución los días, semanas y meses posteriores a la operación, era la última oportunidad que me quedaba de tener a mi deseado niño, que ese remanente de espermatozoides que supuestamente podía permanecer aún en su cuerpo consiguiese fecundarme. Pero no, no me quedé embarazada, y el deseo de tener un hijo varón se ahogó en mi cuerpo junto a los gritos de silencio que emanaban de mi alma por una pérdida que no

era tal.
—Quiero empezar de cero contigo, Aitor, y me gustaría muchísimo tener un *mini—tú*.
Sonrió.
—¿Y si es niña?
—Será niño —afirmé.
—¿Sabes? Aún me veo capaz de jugar al balón con un niño de dos años. Aunque no me gustaría ser un padre mayor.
—Ser un padre joven no te garantiza estar en la vida de tus hijos hasta que se hagan adultos —dije.
—Ya… De todas formas no sería conveniente que te quedaras embarazada ahora mismo, haríamos daño a mucha gente.
Lo sabía, pero era mucho más bonito soñar que podíamos hacerlo todo, que podíamos recuperar el tiempo perdido. Empezar una familia, buscar trabajos nuevos, una casa que se adaptase a nuestras necesidades… Y, en realidad, ya no era posible vivir ninguna de esas experiencias. Los años se habían ido consumiendo y, aunque a ninguno nos había tratado mal el paso del tiempo, las probabilidades de dar el paso y salir de nuestra zona de confort se habían reducido prácticamente a cero.
—Todavía no has respondido —dije acariciando sus labios con los míos.
—Sí, quiero tener un bebé contigo, cariño. Claro que sí.
¡Joder! ¿Por qué tenía que seguir complicando las cosas?

CAPÍTULO 14 — Julio de 1998 (2)

Sonreí al despertarme por la mañana. Me sentía feliz, ilusionada, tenía mil planes rondando por mi cabeza. ¿Podríamos volver a vernos pronto? ¿Ese mismo día, quizá?
Me levanté y cogí el inalámbrico, necesitaba oír su voz. ¿Era oficial? ¿Estábamos saliendo? Lo mejor sería hablar claro del tema con él. Marqué su número y volví a meterme en cama.
—¿Diga?
Su madre. ¡Qué vergüenza!
—Hola, ¿está Aitor?
Por supuesto que estaba, no podía levantarse de la cama.
—¿Quién es?
—Soy Sandra… una amiga.
—Un momento.
Oí sus pasos alejarse, una conversación lejana y otra vez el caminar acompasado de unos pies aproximándose al teléfono.
—Está durmiendo todavía.
—Vale. Gracias. Llamaré más tarde.
Me preparé un café y encendí la tele.
Las once.
Las doce.
La una.
Me resultó extraño que no me devolviese la llamada.
—¿Diga?
Su madre otra vez.
—Hola… llamé esta mañana... ¿Está Aitor ya despierto?
—Sí, pero... ha tenido que salir.
¿Cómo? ¿Salir? ¡Pero si no puede moverse!
—Vale, pero… ¿Se encuentra bien?
—Sí. Ya te llamará él.
Las ocho.
Las nueve.
Las diez.
—¿Diga?
Al fin su voz.
—¿Aitor?
—Sí, dime.
¡Cómo que sí, dime!
—¿Cómo estás?
—Bien, ¿qué quieres?
Su voz sonaba tan diferente.

—Verte. Solo quiero verte… y hablar contigo.
—Ya hablaremos. Estoy ocupado.
—¡¿Qué?!
—Que ya hablaremos, que estoy ocupado.
—Vale.
Colgó el teléfono y sentí que el mundo desaparecía bajo mis pies. Qué estaba pasando. Quizá solo tuviese un mal día.

Aquella noche me costó dormir, porque apareció por primera vez la sensación de vacío en el pecho que me acompañaría durante los años siguientes de mi vida y porque tuve la misma pesadilla una y otra vez: el teléfono sonaba incesante en mitad de la noche, la voz de Aitor al otro lado, agónica, pidiendo ayuda, quería agarrarle la mano, no llegaba hasta él… Un sudor frío me recorría el cuerpo... Y entonces me despertaba llorando.
—¿Diga?
—Hola, Aitor.
—¿Qué quieres, Sandra?
—¿Por qué me hablas así?
—¿Así, cómo?
—Como lo estás haciendo.
—Es mi forma de hablar.
—No, no lo es.
—¿Quieres algo? —Resopló.
—Que me expliques qué sucede.
—No sucede nada.
—¡Pues no lo parece!
—¿Quieres algo más?
—¡No! —Contesté malhumorada.
Aquella fue la última conversación que tuvimos en casi veinte años.

Cómo ser fuerte cuando la felicidad se escurre entre tus dedos. Cómo volver a caminar cuando lo único que te rodea es el abismo.
El tiempo perdió su sentido. La vida, los estímulos, el calor del verano, las horas de sol, el canto de los grillos, las risas… todo empezó a parecerme lejano y ajeno.
Los abrazos que no había podido darle me agarrotaban la piel.
El vacío en mi pecho se hacía cada vez más grande, absorbiendo todo aquello que alguna vez me había hecho feliz. Qué era aquello que estaba sintiendo. Qué me estaba pasando y por qué. Qué había hecho mal.
Repasaba una y otra vez mis últimas horas con Aitor, nuestras últimas conversaciones. En qué momento se había apagado lo nuestro. Cuándo y por qué había decidido que ya no le importaba. En qué momento había dejado de quererme. ¿Alguna vez me había querido?

Cada mañana, como el hígado de Prometeo, me levantaba entera, preparada para ser devorada una y otra vez por el dolor.
Mis labios, buscando los suyos, gritaban en silencio cada día y lo buscaban en sueños cada noche. Apagaba con lágrimas el fuego de mi pecho que tanto dolía, callaba en mi dulce agonía lo que aún necesitaba decirle.
Qué difícil fue asumir que ya no me quería. Ni siquiera sabía si alguna vez lo había hecho. Y yo, estúpida insensata, con tan solo diecisiete años, sabía que lo seguiría queriendo hasta el final de mis días.

Busqué excusas para quedarme en casa hasta el final del verano… solo por si Aitor llamaba. Pero no volvió a hacerlo.
Su número de teléfono se quedó en el olvido.
Su nombre pasó a ser de prohibida mención en casa.
Jamás volví a amar de la misma forma.
Nunca volví a sentir con nadie lo que sentí estando con él.
Y me hice la promesa de que merecía continuar con mi vida, que podía ser feliz, que podía encontrar el amor en otra persona, que podía amar, que podía sentir y vivir apasionados romances, aunque Aitor no estuviese presente en ellos. Necesitaba esas medias verdades para poder seguir amando, aunque solo fuera a medias.

CAPÍTULO 15 – Marzo de 2016 (2) hot line

—¿Estás nervioso? —Le pregunté a David mientras apartaba sus manos de la corbata con la que llevaba un rato peleándose para perfeccionar el nudo Windsor doble que no acababa de tomar forma.
—No, es solo que estoy cansado. Llevo haciendo horas extra toda la semana y no me apetece salir a cenar.
—¿Son clientes importantes?
—Sí, no puedo mandar a otra persona.
Me besó en los labios y esperé en modo romántico hasta que su Audi A8 desapareció de mi vista.
Miré el reloj. Las niñas llevaban más de veinte minutos acostadas. Me asomé a la puerta. Todo en orden. Apagué la lámpara de Minnie y salí de su habitación sin hacer ruido.
Ya solo me quedaba esperar un poco más, hasta las diez y media para ser exactos. A esa hora la mujer de Aitor se iría a trabajar, era enfermera y le tocaba guardia.

Siempre me había preguntado qué se sentiría siendo “la otra”, no solo la que es infiel, sino también la que se está follando a un hombre que tiene pareja, sabiendo que, cuando este llegue a casa, las caricias, los besos y las palabras bonitas irán dirigidas a otra persona. Ya tenía la respuesta. La sangre me hervía. Pensar en qué estaría haciendo con ella, en los mensajes que se escribirían a lo largo del día… Odiaba ser su segundo plato, detestaba que otra mujer abriese las piernas para él, que otra se la chupase, que las manos de Aitor acabasen apretando otros pechos y sus dedos metidos en otros bajos.

—¿Qué te ocurre? —Preguntó Aitor al ver mi cara de pocos amigos en la videollamada.
—Que esto es una mierda.
—¿A qué te refieres?
Me quedé pensando durante unos segundos en la mejor respuesta que podía darle.
—A que estés lejos, a no poder tocarte, a no poder dormir a tu lado, a tener que hacer todo a escondidas… —Contesté al fin sin poder soltar la furia contenida. ¿Acaso tenía derecho a hacerlo? Yo también despertaba a mi marido con un beso en los labios cada mañana, también le escribía algún que otro mensaje cariñoso durante el día y, por supuesto, no habíamos dejado de hacer el amor.
—Ya… Pero míralo por el lado bueno, ya quedó más. En nada

volvemos a estar juntos.
Puse una media sonrisa sin mucho entusiasmo.
—¿Te apetece jugar? —Preguntó.
—¿Qué?
—Sácate la ropa —ordenó.
—No.
—¿No vas a dejar que te vea desnuda?
—¡No!
—Quiero ver esas tetitas.
—No empieces, por favor.
—Vale.
Dirigió la cámara hacia su torso desnudo. Con una mano se iba tocando mientras con la otra retiraba la sábana que cubría su cuerpo.
—No hagas eso, por favor —pedí.
—¿Que no haga qué?
Observaba de forma hipnótica cómo su mano, esa que me había acariciado tantas veces, se paseaba por su pecho suave y sensual y descendía lentamente.
La temperatura empezó a subir y la ropa a molestarme.
—Venga, sácate la parte de arriba.
Nunca había hecho aquello y me daba mucha vergüenza. Por otro lado, ver cómo se tocaba me estaba poniendo a cien.
—No.
—Lo estás deseando, sácate la camiseta.
—Solo la camiseta —dije intentando contenerme.
Apoyé el teléfono en un cojín, en el ángulo correcto para que pudiese verme.
—Me gusta —soltó mientras seguía acariciándose—. ¿Sujetador negro? Vale.
—No voy a sacármelo.
—Ya veremos.
—Me da vergüenza, Aitor.
—Vale, no voy a obligarte.
Introdujo la mano en sus calzoncillos. Notaba cómo se la agarraba con fuerza.
—No hagas eso —le pedí.
—No estoy haciendo nada —dijo mientras empezaba a hacer momentos rítmicos con su muñeca.
—Joder, Aitor.
—¿Qué te pasa?
—¡Nada!
—Si tienes calor… puedes…
Me desabroché el sujetador y me tapé un pecho con cada mano.
—Veo que te gusta tocarte —insinuó.

—Eres cruel.
—¿Por qué?
Sus gemidos empezaban a acompasarse al movimiento de su mano derecha. Me estaba poniendo taquicárdica.
—Vamos, quiero ver cómo te tocas.
Empecé acariciando mis pechos dejando que él me guiase.
—¿Te gusta?
Asentí con la cabeza.
—Ahora vas a ir bajando las manos, poco a poco, quiero que te desabroches el pantalón.
Cerré los ojos e hice lo que me decía. Desabroché el pantalón muy despacio esperando la siguiente orden.
—¡Desnúdate! —Me ordenó firme, pero sugerente.
Entreabrí los ojos y sonreí. No me creía lo que estaba a punto de hacer.
—¡Desnúdate! —Repitió.
Levanté el trasero y empecé a bajarme los pantalones.
—Olvidas las braguitas —dijo.
Negué con la cabeza.
—¿No te las vas a sacar?
—No —sonreí de forma divertida.
—¿Vas a echarte atrás ahora?
—No me estoy echando atrás.
Dejó de tocarse y cruzó las manos detrás de su cabeza.
—Si no quieres jugar, lo dejamos.
No quería que lo dejase, quería ver cómo se tocaba, cómo movía su mano enérgicamente, cómo se corría…
Suspiré.
Agarré las bragas y las fui deslizando por mis piernas.
—Bien —dijo volviendo a agarrarse su miembro—. Ahora necesito que cambies la posición de la cámara. Quiero verte desde abajo.
—¿Cómo?
—Abre las piernas y coloca un cojín o lo que tengas a mano para apoyar el teléfono.
Me costaba hacerlo. Poner una cámara enfocándome la vagina era demasiado para mí. Me giré, cambié de posición, cerré las persianas para quedarme casi en penumbra…
—Quiero verte —dijo.
Tomé aire, cerré los ojos y abrí las piernas lentamente.
—Me encantas.
Notaba sus gemidos cada vez más intensos.
—Ahora quiero que te introduzcas un dedo.
Lo hice.
—¿Te gusta?

—Sí.
—Me parece que no lo suficiente… Vamos a probar con dos deditos mejor.
Obedecí mientras sus gemidos me aceleraban otra vez el pulso.
—Me encanta oírte tan mojada.
Sus ojos estaban clavados en los movimientos de mis dedos y yo disfrutaba viéndolo tan excitado.
—¡Me voy a correr! — Gritó con la respiración acelerada.
Aumenté el ritmo de mis dedos entrando en mi vagina, deseaba ver cómo estallaba de placer.
—No pares —pidió—. No pares, Sandra. ¡Sigue, sigue, sigue…!
Y allí, viendo cómo sus ojos se le salían de las órbitas y cómo su semen empapaba su abdomen, tuve un orgasmo que me llevó al séptimo cielo.

—Joder, Sandra, me dejas seco.
Sonreí. Era la primera vez que hacía aquello y, aunque prefería sentir su piel sobre la mía, no había estado nada mal.
—Sandra.
—¿Qué?
—Te quiero.

CAPÍTULO 16 — Marzo de 2016 (3)

Los días sin él pasaban lentos, terriblemente lentos. Las ganas de abrazarlo dolían. Rememorar sus labios sobre los míos, sus manos rozando mi piel. Las ganas de tenerlo a mi lado llegaban a desagarrarme el alma.

—Te echo de menos.

—Yo también te echo de menos.

Nos quedábamos en silencio, viéndonos a través del teléfono, estudiando cada expresión.

—Si llega te cuelgo, eh.

—Sí, no te preocupes.

Acostaba a mis hijas y me sentía la peor madre del mundo. Me pasaba demasiadas horas pensando en Aitor y eso me hacía estar ausente en momentos en los que antes me habría comportado como se tiene que comportar una madre, una madre de verdad, una buena madre. Mi hija pequeña me decía que era la mejor mami del mundo. Tenía ganas de decirle que no era verdad, pero cerraba los ojos y en silencio le pedía perdón mientras las lágrimas pugnaban por salir y las obligaba a permanecer en mi interior. Yo no era la madre que ella merecía, no merecía su amor.

—Tú sí que eres la mejor hija —respondía dándole un beso en la frente.

Volvía a abrazarme y yo me derretía entre sus brazos.

Pensaba en si la separación con su padre sería traumática para ella y para su hermana. Me preguntaba si tenía derecho a hacerles lo que ya iba planeando poco a poco en mi mente. Ver cómo evolucionaba la relación con Aitor, dejar a mi marido de forma amistosa, o todo lo amistosa que fuese posible, sin hablarle de mi nueva relación, sin hacerle más daño del *normal* en una ruptura.

Y luego estaba mi familia. La celebración de mi boda, mis promesas de serle fiel a David hasta que la muerte nos separase, mis fotos vestida de blanco… ¿Qué había de todo aquello? ¿Durante cuánto tiempo me odiarían? ¿Pensarían que la celebración había sido una farsa? ¿Acaso lo había sido? ¿Y cómo se repartían los amigos? ¿Porque… me quedaría alguno?

—¿En qué piensas? —Preguntó David.

—En qué hacer mañana para comer.

Nuestras conversaciones habían cambiado, nuestra intimidad había cambiado… Me encontraba con la dificultad de mantener las apariencias en mi cama mientras mi mente y, sobre todo, mi corazón, pertenecían a otro hombre.

—Estoy con la regla —decía.
Mis reglas habían pasado de durar cinco o seis días a ocho o nueve, mis noches con dolor de cabeza se habían multiplicado, el cansancio, los "mañana madrugo"… La frecuencia de relaciones íntimas en mi matrimonio pasó a menos de la mitad, mientras que el sexo con mi amante se multiplicaba a tantos días como nos viéramos. Con mi marido hacía el amor: en silencio y con la luz apagada. Con Aitor follaba: gemidos, calor, sudor, tantos orgasmos como el tiempo disponible nos permitiese, nos comíamos de arriba abajo, de abajo arriba, aquello era la puerta al infierno en el que yo deseaba consumirme de placer.
—Yo no sé hacer el amor —me decía Aitor—. No sé ir despacio, no sé hacerlo con delicadeza. O fueron las pelis porno a los trece años o mi mente sucia, pero yo solo sé follar.
—Llámalo como quieras… Me encanta.
Y me encantaba. Aquello era nuevo para mí. La penetración anal mientras me estimulaba el clítoris, el *squirt*, los tirones de pelo cuando me quería comer el cuello, Aitor me seducía, me empotraba, me arqueaba sobre él, me manejaba a su antojo tan ligera como una pluma y eso me ponía aún más. Sobre él me sentía una diosa… Aquel tipo de placer no podía tener nombre y, si lo tenía, no encontraba la palabra adecuada para referirme a él.
Leía frases en Instagram del tipo "mereces ser feliz", "no tengas miedo a dar tantos cambios como creas necesarios"… Pero el cambio que yo quería dar se presentaba como un abismo ante mí, un salto al vacío. Temía incluso llegar a quedarme sin respiración. El miedo a hacerle daño a la gente que quería me paralizaba. ¿Y si las niñas empezaban a odiarme? ¿Y si la adolescencia venía cargada de reproches?
Y le di la vuelta a la tortilla. Deseaba con todas mis fuerzas que fuese mi marido el infiel, que un día me dijese que había tenido un desliz (aunque se tratase de una infidelidad pasada hacía años), entonces podría decirle "hasta aquí hemos llegado" sin remordimientos, sin cargos de conciencia... No quería ser yo la que tomase la iniciativa en la ruptura. ¿Qué podía hacer? ¿Cómo se rompe un matrimonio? ¿Qué se le dice a unas niñas?
Es mejor para las niñas crecer en un ambiente feliz, en el que sus padres se quieran y se respeten y, si no va a ser el caso, lo mejor es separarse.
La teoría me la sabía a la perfección, yo misma la había soltado como un autómata cuando alguien a mi alrededor se separaba, pero no sonaba tan bien cuando era yo la que se encontraba en esa situación. Sonaba a cliché. A vacío. Frases estúpidas que repetimos como loros porque… Algo hay que decir cuando no sabemos qué.

—¿Cuál es tu fetiche? —Me preguntó.

—Creo que no tengo ninguno y, si lo tengo, te invito a descubrirlo.
—Qué interesante…
—¿Cuál es el tuyo?
—Las bragas usadas.
—¿Qué? —Reí.
—Me gusta el olor de las bragas usadas.

CAPÍTULO 17 — David

David y yo nos conocimos en una de las paradas de autobús del campus universitario. Él estudiaba Administración y Dirección de Empresas porque, siendo el primogénito y el único hijo varón de los archiconocidos García Murillo, su futuro estaba ya escrito y perfectamente definido desde el portentoso día en el que su santa madre decidió entregarlo al mundo.
Como heredero de las Bodegas García Murillo, situadas en el corazón de la Ribeira Sacra, su función consistiría (salvo explosión nuclear, guerra bacteriológica mundial, invasión alienígena o catástrofe de similar envergadura) en abrir nuevas vías de negocio, posicionando los diferentes vinos de la empresa familiar en los mejores restaurantes y vinotecas de España (quizá también en el extranjero), así como en mantener el buen nombre de su padre, del padre de su padre, del padre del padre de su padre, que en paz descanse, y así hasta el infinito, quienes muy duramente habían trabajado durante generaciones y que no sería nada conveniente echarlo todo a perder. Una gran losa sobre su espalda que, más que un honor, a mí siempre me pareció un horrible sacrificio.

—¿Qué lees? —Me preguntó mientras esperábamos el autobús.
—Nada interesante —contesté cortante sin levantar la mirada del libro. Odiaba que me interrumpiesen mientras leía, sobre todo cuando se trataba de un completo desconocido.
—Disculpa, me pareció leer Frank McCourt en la portada.
Noté cómo mi ceja se arqueaba con interés.
—¿Lo has leído?
—Por supuesto —una sonrisa se dibujó en la comisura de su boca—, solo que tenemos opiniones diferentes.
—¿Cómo dices?
—Un premio Pulitzer puede ser de todo menos “nada interesante” —respondió, haciéndome sentir como una completa ignorante.
Un chico hablándome de libros me resultaba de lo más *sexy* por aquel entonces (y también ahora).
Cerré el libro para dejarle ver la portada.
—¿Qué estudias? —Preguntó entonces.
—Traducción, ¿y tú?
¿En serio estaba nerviosa?
—ADE.

David tenía la cabeza bien amueblada, quizá por imposición familiar,

por madurez real o para llevarme al huerto, qué sé yo, el caso es que mostraba seguridad en sí mismo, justo aquello de lo que yo carecía. Fue lo primero que me atrajo de él.
—¿Con cuántos chicos has estado antes que conmigo?
Qué pregunta tan mala para después de nuestro primer polvo.
—Con tres o… quizá cuatro —no me creyó, pero es que más de cinco sonaba fatal en mi cabeza. Permaneció en silencio, ¿esperaba que yo le hiciese la misma pregunta? ¡Ni de coña!
Entrelazó sus dedos con los míos.
—Háblame de tu familia —dije al fin.
—Soy el mayor de cuatro hermanos y el único chico. Mis padres tienen viñedos en la Ribeira Sacra. El vino es mi pasado, mi presente y mi futuro. Mi vida es bastante aburrida, en realidad.
—¿Y qué haces en tus ratos libres?
—¿Qué es eso? —Bromeó.

Le presenté a mi familia antes de lo previsto, porque mi primo Javi dejó embarazada a la hija del zapatero y, aunque se casaron casi de forma clandestina por lo civil a los ocho meses de embarazo para que el pobre niño no naciese en pecado, lo bautizaron a las pocas semanas de nacer, que ya bastante disgusto tenían las abuelas del crío. Nos invitaron entonces a una especie de boda—bautizo en la que dos chavales de dieciocho años que estaban aprendiendo a ser padres cortaron con una espada ridículamente grande una tarta de tres pisos con menos gracia que una partida de ajedrez por radio.
Todos lo tuvieron claro: no entendían qué había visto David en mí, pero fuera lo que fuese, no debía dejarlo escapar. Hasta mi abuelo, que pocas veces abría la boca, mantuvo con él una conversación larga y tendida sobre las mejores mezclas de uva para hacer vino, lo que terminó con un fuerte apretón de manos a modo de despedida entre los dos, porque “Sandrita, observa, así es como se despiden los caballeros”.

Nos casamos en las bodegas de su familia, por supuesto. Fue una boda perfecta: cerca de trescientos invitados, sin límite de presupuesto y una decoración cuidada y diseñada para estimular los cinco sentidos en un paraje de ensueño: desde el cuarteto de cuerda compuesto por dos violines, una viola y un violonchelo recomendado por su hermana Blanca, hasta el encendido de farolillos voladores y flores de loto acuáticas que iluminaron el río Sil, obsequiados con mucho amor por los padrinos de David. Marisco, carne y pescado acompañado de los mejores vinos de la bodega y una tarta elaborada para la ocasión por un maestro pastelero, con más de treinta años de experiencia, traído hasta Galicia desde una de las más prestigiosas *pâtisseries* de París. No podría haber imaginado una boda mejor.

Dos años después llegó al mundo Lucía. Todos en la familia esperaban el primogénito varón que continuase con la tradición del nombre y del negocio familiar y, aunque no pudieron ocultar la decepción inicial, enseguida se encariñaron con la primera nieta de los García Murillo. La llegada de Julia, por el contrario, no supuso grandes celebraciones. El Gran Reserva, listo para descorchar en cuanto el primer nieto entrase en escena, permaneció cogiendo polvo bajo tierra. Y, como el que reparte los bebés no quiere cargarle el muerto de las bodegas a ninguna pobre e inocente criatura, este año los García Murillo han dado la bienvenida a su quinta nieta... Lástima de vino.

El *Godello*, esa variedad de vino blanco que comenzaba a tomar carrerilla, junto con el *Brancellao* y el Mencía, los *top ventas* de las variedades de tinto, convertían a las bodegas de la familia en unas de las mejor valoradas de la zona noroeste del país, reputación que David se esforzaba día a día en seguir manteniendo. Y es que mi marido no solo consiguió mantener el valor de su marca en el mercado español en el que ya se encontraba, sino que pronto exportó el vino de sus bodegas a Portugal, Francia, Alemania e Italia, lo que nos proporcionó una buena holgura económica y la admiración y el respeto de toda la familia. Porque "el vino se lleva en la sangre", decía su padre, y "no es el vino que es la uva" decía su abuelo. El caso es que David debía tener ambas cosas metidas dentro.

Casi todos los fines de semana nos dejábamos caer por los viñedos y, entre semana, proporcionábamos a nuestras hijas las comodidades de la ciudad. Una vida aparentemente perfecta que nadie, en su sano juicio, osaría corromper.

CAPÍTULO 18 — Mayo de 2016

Era la primera vez que pisaba un motel. Me había puesto vestido a petición de Aitor, pero con medias, no quería llegar sin bragas a la habitación.
Entregó los DNI a la entrada a cambio de un mando a distancia y una llave. Me pareció bastante frío. No hubo preguntas.
—¿Y ya está? —Pregunté tan pronto como cerró la ventanilla.
—Sí.
Me saqué las gafas de sol, me incorporé en mi asiento y pensé en lo ridícula que la escena le habría parecido al joven de la recepción: ocultar mi rostro cuando acababa de dejarle mi documento nacional de identidad.

Condujo su coche muy despacio hasta el número ciento nueve y le dio al botón verde que abría la puerta del garaje.
No nos cruzamos con nadie, pero estoy segura de que fue más por casualidad que por privacidad. Vamos, que allí no había ningún tipo de sensor especial de seguridad que permitiese abrir los garajes solamente de uno en uno para mantener la discreción del lugar.

A los moteles se va a follar. Pagas por horas, hay uno o dos preservativos en el baño (por si te olvidas de llevarlos) y grandes espejos en las paredes y/o en el techo para que puedas ver con todo lujo de detalle y desde diferentes ángulos cómo te lo montas con el maromo de turno. Lo mejor de todo: pasar del asiento trasero del coche a una cama.

Ese día me acordé de mi marido. Creo que fue la primera vez que tuve miedo de verdad a que me pillase. Era la primera vez que Aitor y yo pasaríamos tanto tiempo juntos y era arriesgado. Nada menos que tres horas de sexo matutino, media hora para volver a casa, una hora para preparar la comida, sacarme toda la ropa y meterla por abajo en el cesto de la ropa sucia, ducharme y vestirme, más que con ropa limpia, con la mejor de las sonrisas de madre y esposa. Recogería a las niñas en el cole, haría las tareas de casa rápidamente y, cuando mi marido llegase a comer, nada debería parecer diferente de cualquier otro día.

Tras probar el motel cutre a quince euros la hora, a la semana siguiente decidimos desplazarnos hasta otro de más categoría: ambientado en el *neo—burlesque*, cama *king size*, sofá tantra y bañera de hidromasaje. El precio: doce horas por algo menos de sesenta euros; el plan: sexo durante toda la mañana, ejercer de madre y esposa

al medio día y sexo salvaje durante toda la tarde mientras las niñas iban a ballet, a ver a los abuelos y a comprar con su padre el regalo de comunión para su prima segunda Vera, hija de un primo de David.
Fue esa tarde cuando cometí el primer error.

—¡¿Qué coño haces?!
—Mírate.
—¡No! ¡No quiero verme! ¡Para! ¡¿Se te ha ido la olla?!
—¿No te gusta?
—¡No! ¡Qué cojones me va a gustar!
—Quiero que te veas.
Escondí la cara detrás de su cuello.
—Mírate, por favor.
—¡No, no quiero!
—Me encanta.
—¡Bórralo!
—Lo borramos ahora, pero quiero que te veas.
Me había estado grabando mientras se la chupaba.
—Me encanta cómo lo haces.
—Bórralo —volví a pedirle.
Borró el vídeo. Primero de su galería y después de la papelera, pero no estaba segura de que eso significase su total y absoluta desaparición. Simplemente tuve que fiarme.
—No vuelvas a hacerlo, por favor.
—Tranquila.
—No, no puedo estar tranquila. No quiero que exista la posibilidad de que mi marido o peor, mis hijas, puedan ver algún día un vídeo sexual en la que su madre sea la protagonista.
—Oye, yo no soy así, ¿vale?

Esa noche trabajé hasta tarde, tenía solo dos días para cumplir el plazo de traducción de la nueva novela de ese escritor inglés cuyo nombre, de origen alemán, sonaba a flema en la garganta.
Me costaba concentrarme. El dichoso vídeo venía una y otra vez a mi cabeza.
Pasadas las doce de la noche me llegó un wasap, me sobresalté y rápidamente me apresuré a poner el móvil en silencio en cuanto vi quién me escribía.
—*Hola, cariño. ¿Estás despierta?*
Dejé a un lado el teléfono. Tenía que darme prisa con aquellas últimas páginas, no podía dejarme llevar por ninguna distracción.
—*Venga, contéstame…*
Insistió.
Suspiré, pero logró sacarme una sonrisa.
—*Tengo mucho trabajo, Aitor.*

Volvió a encenderse el teléfono. Era un vídeo. Tragué saliva. Por favor, por favor, por favor, que no sea mi vídeo. Tomé aire... y le di al *play*, era él... metiéndose en la ducha de forma lasciva.

—Joder, por un momento pensé que era el vídeo… Ya sabes.

—No, pero era tan sensual. Quiero volver a verlo.

Dejé el ordenador para disfrutar de su vídeo y, cuando acabó, el recuerdo de mi piel desnuda junto a la suya se hizo un hueco en mi mente. Disfrutaba dándole placer, me encantaba su mirada cuando estaba a punto de correrse, gozaba oyéndolo gemir, un escalofrío me recorría el cuerpo desde la vagina hasta el cerebro, la piel se me ponía de gallina, y no cerraba los ojos, ni un solo segundo, no quería perderme nada.

—¿Hay forma de recuperarlo?

Volví a pensar en el vídeo del motel. Necesitaba oír varias veces que no.

—No, ya te dije que puedes estar tranquila.

—No podemos jugar con esas cosas, ¿vale?

—¿Por qué? Solo iba a verlo yo.

Aquel vídeo era efectivamente la viva imagen del placer, pero podía hacer daño a tanta gente.

—¿Y si lo llegase a ver tu mujer o tu hijo?

—Mi hijo ya tiene una edad para saber qué hace su padre, y mi mujer… me dejaría. Pasaría una noche sin dormir, solo eso.

—Eres un cabrón, ¿lo sabes?

Sí, estaba completamente segura de que no había ninguna diferencia entre él y yo, ambos éramos unos puñeteros cabronazos, también egoístas, inconscientes y, quizá, hasta algo perturbados.

CAPÍTULO 19 — Junio de 2016 (1)

El miedo pasó a estar presente en mi vida de forma constante: miedo a perder a Aitor, miedo a que se alejase otra vez de mí, miedo a deshacer mi familia, miedo a que mis hijas sufrieran, miedo a que mi marido se enterase, miedo a tomar el camino incorrecto…

La vida con David era aparentemente ideal, sin más problemas que los del día a día, con una buena posición económica y social, buenos amigos, unos suegros que se desvivían por sus nietas… Hasta mis padres, que siempre me habían tomado por una bala perdida, parecían estar encantados con el rumbo que finalmente había tomado mi vida. Era tan fácil quedarse en esa zona de confort que no acababa de entender qué coño me estaba pasando. ¿Qué sentido tenía querer complicarme la vida a mi edad?
Pero, por otro lado… La vida junto a Aitor se presentaba apasionante en mi mente, llena de montañas rusas, sexo… Algo así como una segunda adolescencia. ¿Quién no ha soñado alguna vez con volver atrás en el tiempo?

—Sabes que si seguimos jugando con fuego acabaremos quemándonos, ¿verdad?
—¿A qué te refieres?
Hice la pregunta sabiendo la respuesta. Usábamos preservativo solo en mis días fértiles, los que yo misma calculaba según mis ciclos menstruales.
—Puedes quedarte embarazada.
Lo sabía, pero eso hacía que el sexo fuese todavía más excitante. Estudiar mi cuerpo cada mes para saber cuándo podía correrse dentro de mí y cuándo no era apasionante, provocador… El peligro encendía mis sentidos. Y jugar a la ruleta rusa se convirtió en mi vicio. Nos comportábamos como dos inconscientes, yendo cada vez un poco más allá. El condón me lo pongo luego. Ahora solo la puntita. Déjame sentirte así, luego te lo pones. Me corro en tu boca, no te preocupes. ¿Cuánto duraría aquello? ¿Cuánto tiempo tardaríamos en llevarnos un pequeño susto? Y, lo más importante, ¿cuánto tardaría en quedarme embarazada por un error de cálculo, por un calentón demasiado potente o una conciencia abandonada en el cajón de las mujeres sensatas?
—Puedo tomarme la píldora del día después si la cosa se nos complica alguna vez.
—¿Esa es la solución que propones?

—O podemos usar siempre preservativo.
—Me lo estás diciendo como si te lo creyeras —rio.
—Es que me gusta mucho sentirte dentro, Aitor. Me vuelves loca. Me excitas. Quiero morder cada centímetro de tu piel.
—¿A quién se va a parecer? —Preguntó.
—¿Quién?
—El niño que vamos a tener por nuestra falta de responsabilidad —bromeó.
Permanecí en silencio. El sueño roto de ese niño que David no había querido tener todavía seguía arañándome las entrañas.
—A ti —respondí.
Un niño rubio de hoyuelos en los mofletes, como Aitor, y esos ojos verdes que se me habían aparecido en sueños tantas veces.
—Pobre chaval, qué mala suerte —bromeó—. De todas formas, deberíamos convivir juntos una temporada antes de que naciese.
—¡Pero, qué estás diciendo! —Reí.
Se inclinó hacia mí y recostó su cabeza sobre mi pecho.
—¿Qué vamos a hacer, Sandra?
Lo abracé con fuerza hundiendo mis dedos sobre su pelo.
—No quiero alejarme otra vez de ti —admití.
—¿Y qué hay de tu marido y de tus niñas?
Pronto llegaría el verano, las vacaciones, nuestro viaje a Roma y las veladas veraniegas en la Ribeira Sacra.
Lo abracé con fuerza, el verano me pareció de pronto un demonio aterrador que solo llegaría para imponer una feroz y estremecedora distancia entre los dos. Cerré los ojos y lo abracé más fuerte.
—¿Estás bien? —Preguntó.
Mi corazón no dejaba de latir con fuerza.
—Sí. ¿Cuándo os vais tu mujer y tú de viaje?
—La próxima semana.
Mierda. Me aguantaba las ganas de llorar mientras una mirada rápida me llevó hasta dos chavales que paseaban agarrados de la mano entre las ruinas de la quesería. Qué sencillo ser joven y poder permitirse estas locuras sin familias que romper.
—¿Y podremos hablar? —Pregunté.
—Pues... creo que será algo complicado, no creo que esté solo en ningún momento.
Lo tenía tan cerca que podía notar el latido de su corazón golpeando mi pecho. ¿Qué coño iba a hacer sin Aitor en las próximas semanas? Dejó libres sus brazos para envolverme en ellos y cubrió mi boca con la suya.

Sentía unos celos insoportables de su pareja, de que pudiese irse con él de viaje, de que no tuviese que esconderse para besarlo… Pero

también la compadecía, no querría estar en su piel, definitivamente. Porque Aitor me lo daba todo: sexo, cariño, comprensión.
—Mírame —me pidió.
No podía esconder mi mirada llorosa.
—¿Qué te ocurre?
Fruncí el ceño y respondí:
—Que estarás con ella… a solas… en un hotel.
—¿Y qué?
—¡¿Y qué?! ¡Que te olvidarás otra vez de mí porque te la estarás follando a ella!
Su respiración se aceleró y sus brazos me soltaron para posar sus manos sobre mis hombros.
—¿En serio? ¿Te crees que yo no tengo que apartar cada día los pensamientos que vienen a mi cabeza sobre lo que estarás haciendo con tu marido? Es algo que ya habíamos hablado, Sandra.
—Sí, pero eso era antes de…
—Antes de que se nos fuese de las manos y nos enamorásemos como dos adolescentes insensatos.
Asentí con la cabeza.
—Oye, te prometo que voy a seguir sintiendo lo mismo por ti cuando vuelva, que será dentro de poco más de dos semanas.
El calor de su aliento golpeó mi cuello.
—Y también te prometo que solo pensaré en ti, ¿vale? Te quiero.
—Yo también te quiero y… lo siento —dije—, son… solo celos.
—Vale, pues dime que estás celosa y ya está, eso me pone muchísimo.
Arrancó el motor del coche tras ponerse las gafas que solo utilizaba para conducir.
—¿Sabes qué es lo que me pone a mí?
Aitor clavó su mirada en la mía.
—Follarte con las gafas puestas —añadí.
—Vale… Curioso fetiche —sonrió satisfecho ante su nuevo descubrimiento.

CAPÍTULO 20 — Junio de 2016 (2)

Cuando eres infiel tienes que mentir. Mentir mucho y de forma continua. Le mientes a tu pareja, pero también mientes ante el mundo, ante el espejo, ante tus amigos… Toda tu vida empieza a basarse en una gran mentira que va tomando forma de bola de nieve. Cada vez más grande. Cada vez más pesada. Imparable. Llega un momento en el que ya no puedes rodear esa bola con tus brazos, y es entonces cuando solo rezas para que se detenga, que deje de crecer y, sobre todo, cruzas los dedos para que nadie encuentre algún cabo suelto que, te garantizo, existe.

—Déjame el móvil, por favor.

Antes de serle infiel a David le habría pasado el teléfono (si es que sabía dónde lo había dejado) y seguiría viendo la tele, leyendo el libro o haciendo lo que estuviese haciendo, ajena a lo que mi marido quisiese hacer con él. Ahora, sin embargo, se trataba de una bomba de relojería que revisaba una y otra vez para asegurarme de que había borrado toda huella de Aitor: llamadas, mensajes, videollamadas, fotos, wasaps… Cualquier mínimo error podía desencadenar el ya famoso proverbio chino conocido como *efecto mariposa*: "el aleteo de las alas de una mariposa puede provocar un tsunami en el otro lado del mundo".

—¿Para qué? —Pregunté.

—No me funciona la sincronización de Google, quiero ver si hay algo diferente entre mi teléfono y el tuyo.

—¿Y qué es eso de la sincronización de Google?

En realidad no me importaba una mierda y, aunque me lo explicase, no iba a poner el más mínimo interés en entenderlo. Lo único que necesitaba oír era a qué aplicaciones de mi teléfono necesitaba entrar y si tardaría mucho. Cuanto menos tiempo mejor, menos probabilidades de cagarla. Por favor, por favor, por favor, que no me escriba Aitor ahora.

—Necesito la sincronización para tener la información del…

Sus palabras se perdieron en algún punto entre sus labios y mis oídos, y me senté a su lado mostrando todo el interés que podía aparentar con un único objetivo: al primer atisbo de duda, llegada de un wasap, movimiento extraño o acceso a la papelera abalanzarme sobre mi teléfono con cualquier excusa.

—Hoy juega el Madrid, vienen Carlos y Ramón a casa, ¿pedimos unas pizzas para todos y ves el partido con nosotros?

Los partidos del Real Madrid se traducían en conversaciones de

noventa minutos con Aitor.
—No, estoy cansada, prefiero irme a dormir temprano.
—Menuda excusa —rio David—. Cuando nos conocimos te tragabas sin rechistar todos los partidos de la Liga, la Champions… ¡Hasta los amistosos! Últimamente, ni Dios te convence de sentarte frente al televisor.
—Ando cansada, David… Ya lo sabes. Entre el trabajo, la casa, las niñas...
—Ven aquí —sonrió.
Me abrazó, pero sus abrazos ya no se sentían igual. Su cuerpo había dejado de ser mi refugio seguro, sus manos ya no me provocaban escalofríos, sus palabras bonitas ya no me llegaban, caían en el saco roto de los sentimientos vacíos. Yo había pasado a ser una muñeca de trapo que se dejaba querer, acariciar e incluso hacer el amor, ya no era el cuerpo de mi marido ni sus palabras los que quería que me envolviesen cada noche.
—Te quiero.
Cuando dos hombres te dicen que te quieren se supone que debe ser halagador, romántico o incluso novelesco (ahora viene la parte en la que tus dos *machos ibéricos* se pelean por ti a lo Aquiles contra Héctor, y que no corra mucha sangre, por favor), pero cuando se trata de tu marido y tu amante la cosa cambia, ¿sabes? Cambia mucho. No tiene ni puta gracia, en realidad.
—Hola, preciosa.
—Qué rápido has descolgado, ¿cómo sabías que te iba a llamar?
—Juega el Madrid, es hora de que unas niñas pequeñas estén ya dormiditas y sabías que mi mujer tenía guardia esta noche —rio.
—Te echo de menos.
—Yo también a ti.
—¿Cuándo puedo volver a verte? —Pregunté.
—Pues… Mi mujer tiene guardia esta noche, ya sabes, así que mañana dormirá hasta bien entrada la tarde... Pero no creo que pueda salir del trabajo antes de la una.
—Quiero verte antes de que te vayas de viaje —exhalé con los ojos cerrados.
—Suena tentador —dijo—. Solo se me ocurre que vengas hasta Citroën para ganar algo de tiempo.
—Sin problema, pero tendremos menos de una hora…
—Ya lo sé, cariño, pero es suficiente para darte unos cuantos besitos, agarrarte las caderas y pegarte a mi cuerpo.
—Me encanta el plan —dije en un susurro.
—Y a mí.
Nos quedamos en silencio. Lo hacíamos a menudo. Yo cerraba los ojos y lo imaginaba a mi lado, ocupando el lugar que hasta ahora

pertenecía a mi marido. Fantaseaba incluso con Aitor y las niñas, jugando con ellas, dejándose maquillar y preparando cafés imaginarios para toda la colección de muñecas y peluches que mis hijas habían ido acumulando a lo largo de los años. Lo visualizaba peinándolas para llevarlas al colegio. No era su padre y nunca iba a serlo, pero aquellas imágenes me dibujaban una sonrisa en los labios.
No podía apartar los ojos de él mientras se aproximaba al aparcamiento. Sus vaqueros oscuros, ya desgastados por el uso, acariciando con descaro sus contorneadas piernas, esa camiseta negra que le marcaba la musculatura perfecta de aquellos brazos que tanto me gustaba sentir alrededor de mi cuerpo... Me mordí el labio inferior deseando tenerlo ya dentro de mí. Un escalofrío recorrió mi cuerpo, sentí cómo mis pezones se tensaban y endurecían.
Aitor pasó de largo al verme. Miré a mi alrededor y vi a dos hombres parados justo al lado de la parte delantera de su coche, los saludó con la mano y comenzó a hablar con ellos. El miedo me atravesó. Mi corazón empezó a palpitar con intensidad. Quiénes eran. Se subió a su coche y mi teléfono empezó a sonar.
—Cambio de planes, no puedo subirme a tu coche con estos dos aquí.
—¿Quiénes son?
—Compañeros de trabajo, pero uno, además, es mi vecino.
Golpeé el volante con el puño y mi estómago se encogió por la ira, pero no había tiempo que perder.
—¿Qué hacemos?
—Te veo en la cafetería de la esquina, la del toldo rojo, la Vieja Esencia se llama.
—Vale.
Cerré el coche con llave y me encaminé a la cafetería.
—Joder, me voy a perder ese culito —susurró Aitor cuando me adelantó a medio camino.

El corazón me latía desbocado. Eché una mirada rápida. Nadie conocido.
Aitor estaba de espaldas a mí, caminé hasta la mesa en la que se encontraba y le eché una mirada ardiente, desafiante.
—¿Por qué no te sientas a mi lado? —Preguntó mientras apartaba la silla que tenía junto a él invitándome a ocuparla.
—No parece que haya sitio —dije poniendo mi bolso sobre ella y sentándome enfrente.
—¿Estás jugando conmigo?
—No, no se me ocurriría semejante travesura, estamos en un sitio público, cariño.
Frunció el ceño, probablemente sorprendido por mi serenidad.
—Vale…

Nos sirvieron dos cafés con leche, momento que aproveché para sacarme uno de los zapatos y subir mi pie hasta su entrepierna.
—No juegues conmigo…
—¿Por?
—Porque no querrás que mande la mesa a la mierda y te folle aquí mismo.
—¿Lo harías? —Pregunté sin dejar de frotar mi pie contra su pantalón.
No esperé a que contestase, seguí con mi juego hasta que noté cómo empezaba a sentirse incómodo y se removía en la silla para colocarse la polla en una mejor posición.
—Eres mala conmigo… y te gusta.
—Esto te pasa por no querer subirte a mi coche —dije mientras lamía la cucharilla del café.
—Sí quería.
—Pues haberlo hecho.
Bajé el pie para meterlo nuevamente en el zapato y me levanté. Caminé discretamente hacia el aseo, girándome justo antes de entrar en el de mujeres para levantarle el dedo corazón. Aitor se hizo el sorprendido, fingiendo una inocencia que había perdido en alguna vida anterior.
Me desabroché los pantalones y los deslicé sutilmente hasta las caderas cuando la puerta se abrió detrás de mí. Volví la cabeza para sonreírle, pero él estaba ocupado girando el pestillo. Me agarró desde atrás, bajó un poco más mis pantalones y apretó su cuerpo contra el mío.
—Nos van a pillar —le dije.
—Me importa una mierda.
Respiró con fuerza y se hundió en mi interior.

Cuando llegué a casa sentí que había cometido el segundo error garrafal. Aparentemente, solo estaba tomándome un café con un amigo, pero el lenguaje corporal nos delataba sobradamente, éramos dos lobos hambrientos entre un rebaño de ovejas.

CAPÍTULO 21 — Julio de 2016, Valentina y otro café (1)

El café del Bola Bar estaba malísimo, sabía a ceniza, y no te ponían ni una mísera galletita para mojar, pero al menos podía soltar a las niñas en el parque de bolas y tomarme ese asqueroso café con toda la calma del mundo, porque los niños pueden pasarse dos horas, tres o veinte (tengo que hacer todavía una investigación empírica sobre este último dato, pero la hipótesis principal apunta en esa dirección) en dieciséis metros cuadrados si hay bolas de colores en abundancia y un tobogán, solo te dirigirán la palabra cuando tengan sed o hambre.

—¿Cómo estás, cariño?
Mi querida Valentina, tan espectacular como siempre, vestida con un mono azul eléctrico y unas sandalias de cuña que solamente ella podía exhibir de aquella forma tan elegante.
—Bien, ¿y tú? —Pregunté tras darle un abrazo.
—Aliviada por no haber idealizado el tema de ser madre, no soportaría pasar las tardes en lugares como este —dijo señalando con el pulgar a un puñado de niños acribillando a bolazos a todo aquel que osase tirarse por el tobogán rojo de plástico que acababa en la piscina de bolas.
Pidió una cerveza y le hizo ojitos al camarero, quien no pareció sorprendido en absoluto de que una "mamá" le tirase los tejos tan descaradamente.
—Bueno, ¿y cómo está el tema entonces?
—¿Qué tema?
Valen no contestó, se limitó a poner los ojos en blanco. Eché una mirada rápida a mi alrededor y esperé a que el camarero *buenorro* pasase de largo hacia la mesa que acababan de ocupar una pareja con dos niños.
—Se ha ido de vacaciones.
—¿Aitor?
—Sí, con su mujer. Volverá en un par de semanas.
Dejó escapar un suspiro antes de hablar.
—¿Y… seguís igual?
Asentí con la cabeza.
—Vale, ya sé que es muy fuerte lo que te voy a preguntar, pero… ¿Te has planteado contárselo a David?
—Joder, Valen, ¡por supuesto que no!
Me miró a los ojos pensativa.
—¿Sabes? Cuando teníamos unos cuantos años menos estábamos

equivocadas. Pensábamos que tú eras la de ideas claras y yo la insegura.
Me fijé entonces en su perfectamente bien lucido escote corazón, poco quedaba de aquella Valentina recatada de hacía veinte años.
Suspiré.
—¿Qué crees que debería hacer, Valen?
—No lo sé. ¿Tú qué quieres hacer?
Quería que alguien sacase una pantalla y me mostrase el futuro con David y el futuro con Aitor, escoger la opción que más me gustase haciendo clic sobre la pantalla y aparecer por arte de magia en mi futuro favorito.
—No quiero volver a alejarme de Aitor.
Cuando estaba con él desaparecía el tiempo, todo a mi alrededor lo hacía. Sentía que nada más importaba, solo quería seguirlo hasta donde nuestros pasos quisiesen llevarnos, amarlo, tocarlo, sentir su piel sobre la mía, el roce de sus labios sobre mi cuerpo cada noche… ¡Ya había esperado demasiado tiempo, joder! No quería quedarme viendo cómo los años seguían pasando sin nada más que esperar, sin más objetivos que cumplir, limitando mis propósitos a los que buscaba alcanzar mi marido y aplaudiendo cada éxito que lograba como si también fuera mío. Quería más, quería sentirme tan valiosa como Aitor me hacía sentir, quería hacerlo feliz, tomarnos un café con leche cada mañana al levantarnos, besarlo antes de que se fuese al trabajo, acariciar cada milímetro de su piel… Quería envejecer al lado de Aitor. Sentía que todo cobraba al fin un sentido. El vacío de mi pecho se había llenado. El miedo a no ser suficiente se había ido. ¿Estaba esperando alguna otra señal? Era él. Siempre había sido él. El amor de mi vida…
Y el tiempo se volvió efímero ante mí, no quedaban noches suficientes para hacerle el amor, no quedaban años suficientes para dormir abrazada a él, una vida entera no habría sido suficiente, en realidad, y ya solo nos quedaba media.
—¿Y él quiere lo mismo que tú?
—Dice que sí… pero tengo miedo.
—¿A qué?
—A que vuelva a irse.
—Oye, mira, no puedo tomar esta decisión por ti, Sandra, ni voy a decirte lo que deberías hacer, no me gustaría nada estar en tu pellejo ahora mismo, pero antes de que te la juegues, por favor, piensa en que David y tú tenéis dos niñas pequeñas y, no sé cómo es en la intimidad, pero desde fuera se ve como un padre y un marido ejemplar. No quiero ver cómo destrozas tu aparentemente perfecta vida familiar por un tío que ni siquiera sé si te merece.
Un nudo se formó en mi garganta. Siempre había pensado que era

fácil. Que cuando aparecía ese tipo de amor en la vida de alguien, lo único que tenía que hacer esa persona era dejar lo demás y apostar todo a esa carta. Pero ahora era yo la que estaba ante las puertas del caos. Había una familia a la que iba a destrozar, mi familia, dos hijas a las que tendría que explicarles el porqué, un marido maravilloso al que iba a destrozar inmerecidamente… No, definitivamente, no sería nada sencillo.
Además, el tomar una decisión de ese calibre implicaba arrasar con todo lo que había construido a mi alrededor, porque, cuando se trata de amor, solo hay dos opciones: quedarse en la zona de confort o lanzarse al vacío sin saber qué hay al fondo, es decir, la mejor elección de tu vida o el mayor de los fracasos, y no hay opción alguna de dar marcha atrás una vez dado el paso. No podría enmendar jamás el daño infligido a toda mi familia. ¿Cómo tomar la decisión correcta? ¿Cómo romper un matrimonio y una familia entera sin sentir un vértigo abrumador hacia el extenso y oscuro vacío al que estaba pensando entregarme? Simplemente no era posible.
Tenía miedo, cómo no tenerlo. Estaba aterrorizada. ¿Y si Aitor volvía a dejarme? ¿Y si se cansaba de mí?
—Me siento... atrapada.
—¿Por qué no le planteas a David el tema de tener una relación abierta?
Ambas sabíamos que no lo estaba diciendo en serio, pero era el momento de agarrarme por donde fuera y sacarme de aquel mar en el que estaba a punto de ahogarme.

El año en que nació mi primera hija, creí entender lo que era de verdad la edad adulta y la estabilidad: tener una casa donde vivir, coche propio, una familia, un contrato de trabajo indefinido, poder viajar un par de veces al año y veladas con familiares o con viejos amigos con los que poder brindar cada fin de semana por lo maravillosamente bien que la vida se había portado con nosotros. Pero después vino el cáncer de mi suegra (con el que seguía batallando), el fallecimiento prematuro de Annette, la intolerancia a la lactosa de Julia, nuestros nuevos y escandalosos vecinos del barrio (quienes acumulaban denuncias como quien acumula tiques de la compra en el monedero de llevar al súper), el cierre de la fábrica de galletas Choc, en el que trabajaban mi prima Belén y Pablo (uno de los mejores amigos de David, quien además acababa de comprarse un piso junto a su pareja y planeaban casarse el próximo año)… ¿Acaso la vida se trataba de sortear un problema tras otro hasta que llegaba aquel al que no podías hacerle frente y fallecías? ¿Eso era todo?

CAPÍTULO 22 – Las vacaciones de Aitor

Le escribí un wasap de buenos días en cuanto me desperté y me fui a preparar café. El día anterior, el del viaje, no me había escrito.
Revisé el correo, acababa de llegarme una nueva novela, plazo de entrega: en tres semanas. Bien. No era muy extensa. Le di un sorbo al café. Seguía sin recibir ningún wasap. Me acomodé en el escritorio y encendí el ordenador. Quería adelantar todo el trabajo que pudiera antes de que las niñas se despertasen. Me gustaba mi trabajo, aunque mi jefa era una completa gilipollas. Por suerte, hablábamos poco, no solía haber ningún contratiempo relevante.
—Mami…
—Buenos días, princesa. ¿Has dormido bien?
—Sí.
—¿Preparamos el desayuno?
Me levanté del escritorio tras echarle otra ojeada al teléfono. Seguía sin tener noticias suyas, lo que me llevó a permanecer casi toda la mañana pendiente del Whatsapp, a ratos triste y a ratos echando fuego por la boca. ¿Por qué coño no me escribía? Hacia el mediodía tomé la decisión de no seguir esperando y dejé el teléfono sobre la mesilla de noche, ya vería a última hora del día su mensaje.
—¿Qué vamos a hacer hoy? —Preguntó Julia.
—Es lunes, ¿te apetece que nos acerquemos a la librería?
—Vale… ¿Puedo escoger más de un cuento?
—No, pero cuando acabes de leer el que compremos hoy, podemos volver y comprar otro, ¿de acuerdo?

Entré con el coche en el aparcamiento del centro comercial y un angustioso vacío se apoderó de mi pecho. Me faltaba él. Su coche no estaba en el sitio de siempre. Sentí una necesidad imperiosa de escribirle algo, lo echaba agónicamente de menos. ¡Mierda! Me había dejado el teléfono en casa.
Necesitaba sentir sus caricias, el roce de sus labios sobre mi piel, me faltaban como el mismísimo aire que respiraba. Echaba de menos dejar a las niñas en el colegio y verlo allí, ponerme las gafas de sol, como si de esa forma mi coche y yo quedásemos perfectamente camuflados ante las miradas ajenas. Echaba de menos la atención que yo creía o sentía que me estaba dando, las noches de partido en las que podía meterme en cama y hablar con él mientras mi marido y sus amigos gritaban *gooool* en el salón. Su mano, que encajaba perfectamente con la mía, me llevaba a los rincones del cielo que ya

no tocaríamos tras la muerte, esa que a todos nos lleva y que decide quien sube y quien baja. Nosotros bajaríamos al infierno en una carroza de oro envuelta en llamas, nos harían la ola todas las almas en pena y nos quemaríamos en el fuego eterno como dos culpables de amarse de forma pecaminosa desde la lujuria del camino prohibido por el que llevábamos meses transitando.

—Buenos días, Sandra. ¡Qué bien acompañada vienes hoy!
—Sí, doña Leonor, ya han empezado las vacaciones estas dos.
—¿Qué estás traduciendo ahora? ¿De qué va el libro? Cuéntame, anda.
—Por el título… tiene pinta de novela romántica, pero me ha llegado esta misma mañana, todavía no puedo darle más detalles.
—Oye... Me gustaría echarle un vistazo cuando termines de pasarla al castellano, ¿me la dejarás leer?
—Sabe que no puedo hacer eso... por confidencialidad, tiene que entenderlo, pero le contaré de qué se trata con pelos y señales en cuanto la acabe.
—Ya, ya.
Giró su rostro decepcionado y se encaminó hacia la butaca de mimbre que había tomado ya la forma de su cuerpo enjuto.

Me dirigí a las estanterías de novela histórica. Nada que me apeteciese leer. Las niñas seguían rebuscando en la sección infantil. ¿Novela romántica, quizás? Pasé el dedo índice por los diferentes títulos. Aitor no se me iba de la cabeza. ¡Joder! ¡Lárgate de mi mente un rato, por Dios!
Me di por vencida y me acerqué al mostrador.
—¿Ha llegado alguna novedad esta semana? —Pregunté.
Sentí unos pasos acercarse por detrás y me giré instintivamente. No era él. ¡Ya sabía que no podía ser él! ¡Seré imbécil!
—¡Claro, hija! Seguro que te gusta Ken Follett.
Asentí con la cabeza. Las lágrimas comenzaban a nublarme la vista.

Entré en casa y fui directa a por el móvil. Ningún wasap. ¿En serio?
—Espero que te lo estés pasando bien, ya veo que estás ocupadísimo.
Solté el teléfono sobre la cama y me crucé de brazos enfadada, con él y conmigo misma. Sabía que aquello acabaría pasando. Me mandaba a la mierda, ya debería estar acostumbrada. No volvería a saber nada más de ese… de ese hombre del que estaba completamente enamorada.
No, estaba sacando las cosas de quicio. Tenía que confiar en él.
Borré el anterior mensaje, tomé aire y volví a escribirle.
—Espero que lo estés pasando genial. Da señales de vida cuando te venga bien. Un beso.

No, lo mejor era no escribirle hasta que él lo hiciese primero. Volví a borrar el mensaje que acababa de enviarle y me llevé a las niñas al parque.

A las ocho cogí el teléfono otra vez. Tenía que haberse acordado de mí. Suspiré y lo encendí. ¡Joder!
—¡Vete a la mierda!
Quería estampar mi puto Huawei contra la pared y disfrutar de cómo se rompía en mil pedazos. Conseguí conformarme con apagarlo sin hacerle ningún daño.

El martes, después de una noche de despertares y pesadillas varias, amenacé al móvil con el dedo índice antes de encenderlo.
—.
¿.? ¿Qué coño significaba un punto? Estábamos de acuerdo en que era mejor que nada, pero... ¿Se refería a "me acuerdo de ti", a "voy a ponerle un punto final a nuestra historia"…?
Le contesté de la misma forma.
—.
—¿Cómo estás, cariño?
El corazón me dio un vuelco.
—Echándote de menos, ¿y tú?
—Yo también a ti, pero tengo a mi mujer pegada a mí todo el día, ya sabes.
—No te preocupes.
En realidad quería escribirle que era un completo capullo, que me tenía abandonada y que se merecía que lo ignorase al menos una semana. Que no entendía por qué él se lo tenía que estar pasando de puta madre mientras yo lo echaba cada día más de menos.
—Espero que estés disfrutando del buen tiempo y de las niñas. Te quiero.
—Yo también te quiero.
Por favor, por favor, por favor, sigue escribiendo. ¡Escríbeme algo más! Por favor... ¡Vamos! No recibí ningún mensaje más hasta el jueves y fue otro punto de mierda al que contesté de igual manera.

A la semana siguiente ya no podía más, diez días sin tener noticias suyas… simplemente… me hicieron explotar, porque vivimos pegados al teléfono, así que, si alguien no te escribe, es porque no quiere, si no responde a tus mensajes, es porque no quiere, si no te llama es porque no quiere. Entenderlo es difícil. Mucho. Es mucho más sencillo buscar excusas: estará ocupado, estará con sus amigos, con su pareja, durmiendo la siesta, se habrá dejado el teléfono en casa, lo tendrá sin batería…
Fue entonces cuando me di de bruces con la realidad. Comprendí que Aitor no me amaba. O no lo hacía de la forma que yo necesitaba que

lo hiciese. Él había escogido a su pareja, no a mí. Esperaba que el amor y la pasión adolescente permaneciesen intactos y volviesen a crecer, pero quizá aquello fuese, en realidad, el mejor de los regalos, el impulso que necesitaba para aprender a valorarme y a no dejarme embaucar por una persona que solo me ofrecía su indiferencia. Me centraría en David y trataría una vez más de olvidarme de lo que sentía hacia Aitor. Él no me quería, ya lo había dejado claro. Nunca lo había hecho.

Cogí el teléfono empapada en llanto, abrí el Whatsapp y dejé que la cordura escribiese por mí. Era el momento de despedirse, pero no quería que hablase el rencor. Iba a despedirme del Aitor que yo quería que fuese y no de la persona que nuevamente me había encontrado. Extrañaría hasta la muerte esa versión de Aitor que tenía en mi mente, aunque no fuera la real.

—Me había prometido no volver a enamorarme de ti, pero no lo cumplí. Y ahora estoy como hace años, como cuando no era más que una adolescente, descubriendo por primera vez el amor físico, carnal, agonizando por volver a tenerte, por volver a sentir tus labios sobre los míos, por respirar tu olor, por sentir tus caricias sobre mi piel... Como ya te dije, me habría encantado encontrarte en otras circunstancias, pero el destino es puñetero y aquí estamos, estando sin estar, y queriéndonos de forma inapropiada.
No voy a pedirte que vuelvas porque no puedo ofrecerte nada más que el amor a escondidas que ya tan bien conocemos. Un amor que, espero, nos guardaremos muy adentro para siempre.
Y, aun rompiéndome en mil pedazos, voy a pedirte un final amable para nosotros, un final que me duele hasta las entrañas, pero es que no puedo seguir sufriendo de esta manera hasta volver a verte.
Ya sabes cuánto te quiero y sabes que no dejaré de quererte. Nunca. Pase lo que pase. Y quiero que seas feliz, todo lo feliz que puedas ser, al lado de una buena persona que pueda darte todo lo que yo no puedo.
Me guardaré una vez más tus caricias, tus besos y, ahora también, esa forma de tenerte dentro de mí. Tu manera de mirarme, de hacerme el amor y la complicidad tan bonita que alcanzamos en estas últimas semanas tan intensas.
Te quiero y seguirás siendo el hombre de mi vida. Para siempre.

Guardé el teléfono, quería darle tiempo para que pensase qué escribirme, para que buscase por un momento en lo más profundo de su corazón. Solo respondió con un “me gusta”. Ni una llamada. Ni una frase. Ni una palabra. Nada.

Mi corazón estaba roto. Completamente destrozado. Latiendo sin vida.

Viviendo sin el amor que tanto me había llenado en las últimas semanas.

Ese día pensé mil veces en volver a escribirle, en decirle que me había equivocado. ¡Qué le dieran a todo! Quería estar con él, abrazarme a su pecho y llorar. Dejar que saliese todo el dolor que me impedía respirar... Pero no lo hice.

Despedirme del amor de mi vida volvió a ser demoledor, y ahora quedaba decidir qué hacer. Lo sensato: borrar su número, sus fotos, dejar de seguirlo en redes sociales… Lo que hice: revisar su perfil de Instagram cada día, ver de vez en cuando si estaba en línea en Whatsapp… Entender que se había terminado me costó muchísimo. Dolía. Dolía demasiado. Avanzar se veía como una opción imposible. Me quedé atada a su recuerdo, a algo que ya no existía. Intenté convencerme a mí misma de que podía superarlo. Ya lo había hecho antes, pero esta vez era diferente. La mitad de mi vida se había esfumado y la otra mitad era un tiempo muy escaso para todo lo que deseaba vivir con él. Un tiempo que estaba dejando ir como el que tira monedas a una fuente.

CAPÍTULO 23 – Octubre de 2010, el accidente de Annette

Cuando Annette murió, no volví a ser la misma, creo que ninguna de las cuatro volvimos a serlo. Porque la gente joven no debería morirse, no estamos preparados para afrontar esas pérdidas.
Ese día me desperté con tres llamadas perdidas de Valentina y un enlace a una noticia del periódico.

Dos fallecidos y dos heridos en un brutal accidente en la AP-9
Dos personas han fallecido esta madrugada en la autopista del Atlántico tras un choque frontal ocurrido cerca de la una y media de la madrugada a su paso por Rande. Según los testigos, un vehículo que se dirigía a alta velocidad y en sentido contrario al de la circulación del carril impactó de forma frontal contra el Seat León que conducía la joven de 29 años A.G.P., cuyo fallecimiento se ha producido en el acto, y en el que también resultaron heridos el padre y un hermano de la víctima. El otro fallecido ha sido el conductor del Toyota Yaris, F.J.S.M., de 56 años, quien, por motivos que todavía se desconocen, habría tomado la entrada a la autopista de forma incorrecta, presumiblemente desde su acceso en la comarca de O Morrazo.

Recuerdo que me pareció imposible. No podía ser ella. Hacía solo dos días que nos habíamos escrito por Whatsapp. Tenía su mensaje allí mismo, podía leerlo, no habían pasado ni cuarenta y ocho horas. ¿Cómo podía estar muerta?
Quería que fuese una broma pesada, como las que hacen en la radio. Busqué su número y le di a la tecla de llamada. Tenía el teléfono apagado. No sabía ni qué estaba haciendo.

David se ofreció a acercarnos al tanatorio, recogió en su casa a María y después a Valentina, ninguna de las tres estábamos en condiciones de coger un volante. Entramos cogidas fuertemente de la mano, el dolor era insoportable. Había muchísima gente: familiares, amigos, compañeros de trabajo... Busqué a su madre con la mirada, solté a mis amigas y me dirigí hacia ella como una niña pequeña. Lloré egoístamente en sus brazos sin pensar que era yo la que debía ofrecerle mi consuelo a aquella mujer que a duras penas conseguía mantenerse en pie.
—Me alegro de verte, Sandra —me dijo posando sus manos sobre mis mejillas empapadas.
—¡Cuánto lo siento! —Logré decir con la voz ahogada en llanto.

—Ya lo sé, pero ahora está bien, no te preocupes… Lo importante es que no sufrió.
Dejé que Valentina y María le dieran el pésame y me fui a saludar a Rebeca.
—¿Cómo estás?
—Aún no me lo puedo creer —contestó tras darme un abrazo.
—Ya… Esto tiene que ser una maldita pesadilla.
No recordaba exactamente cuándo habíamos estado las cinco juntas por última vez, ojalá hubiera sabido que a Annette no le quedaba mucho tiempo. Le habría dicho tantas cosas.
—¿Sabéis qué vamos a hacer al salir de aquí? —Dije.
—¿Qué se te ha ocurrido? —Preguntó Valentina, que acababa de situarse a mi lado.
—Vamos a ir a tomarnos algo y a brindar por la maravillosa vida que ha tenido, corta, eso sí, pero la ha sabido exprimir de puta madre.
—Estoy segura de que le encantará el plan allá donde esté —dijo Rebeca rodeándome la cintura con su brazo.

Salimos del tanatorio y nos fuimos a tomar unas cañas. Reímos, lloramos, dejamos una silla vacía por si Annette quería acompañarnos y acabamos en casa de Valentina viendo nuestra colección de fotos de los noventa.
—Esta es del cumpleaños de Rebeca —dijo Valentina pasándonos la primera foto impresa.
—Aquí estamos las cinco en la excursión de fin de curso de octavo —siguió.
—¿Os acordáis de aquellos chándales? —Pregunté tras comprobar que casi la mitad de los niños llevábamos aquella especie de disfraz *vintage* de tonos eléctricos.
—Parecía que íbamos todos a comprar droga —bromeó María—. ¿No os gustaría volver a esta época?
—Sí —coincidimos todas.
—Esto... no quiero cortaros el rollo, chicas, pero mañana trabajo —dijo David.
—Y yo —soltó María.
Valentina me agarró la mano.
—David, voy a quedarme esta noche con Valen, ¿puedes acercar a Rebeca y a María a casa?
—¡Claro! Recuerda que has quedado de recoger a la niña a las diez, no os vayáis a liar demasiado, que tus padres ya no están para mucha fiesta.
—No te preocupes —dije.

Cuando se muere un ser querido, no entiendes por qué el mundo, que ya no gira para ti, no se detiene también para los demás. Sientes que

algo han hecho mal desde el otro lado y que tarde o temprano tienen que solucionarlo, pararlo todo, volver atrás y devolvértelo. ¿Cómo no va a ser así?

Las primeras semanas fueron una pesadilla, no podía dejar de pensar en qué podría haber hecho para que Annette no estuviese muerta. Podría haber quedado con ella aquella noche, ¿por qué no lo hice? ¿Por qué no intuí que algo malo iba a pasarle? ¿Y quién era aquel hombre que nos la había arrebatado? ¿Con qué derecho lo había hecho? ¿Por qué no se había muerto solo él? No era tan mayor como para tener un despiste semejante, ¿por qué no había hecho las cosas bien? Me hacía las mismas preguntas una y otra y otra vez, como si de esa forma pudiese llegar a comprender su pérdida o como si entenderla me la fuese a devolver.
La vi en todos los lugares en los que habíamos estado juntas, en el coche que acababa de pasar, en el cine, en aquella butaca de la tercera fila, entre un grupo de chicas que paseaban por la playa… No dejaba de buscarla en otras caras y mi mente me engañaba con sutileza y me la mostraba allá donde iba, perdida entre aquellos rostros desconocidos que me la devolvían un poquito. Me resistí durante años a perderla para siempre.
Creo que lo único bueno que nos trajo aquella desgracia fue que empezamos a vernos más, intentamos quedar las cuatro juntas al menos una vez al mes, porque entendimos lo que el paso del tiempo significaba realmente.

—¿Sabéis qué? —Preguntó María.
—¡Sorpréndenos! —Exclamó Rebeca tras darle un sorbo a su café.
—¡Estoy embarazada!
—¿Qué? —Preguntamos a la vez.
—Bueno, hace tiempo que quería tener un bebé, pero como no soporto a ningún tío más de medio año… Pues he ido a que me metan los *soldaditos* de un desconocido.
—¿En serio? —Pregunté incrédula.
—Totalmente. Lo he pedido moreno de ojos verdes, pero no vi que nadie tomase nota.
Las buenas noticias después de una pérdida tan dolorosa se deben celebrar a lo grande. Aquel bebé vino a devolvernos un poquito la alegría y el buen humor, nos dio un buen empujón, tendría tres tías postizas que lo mimarían y consentirían hasta que su madre suplicase una pizca de cordura.

Mateo nació a término, un niño sano de 3 kg y 750 gramos y 51 centímetros. Una verdadera hermosura, el impulso que necesitaba para animarme a buscar otro bebé. Pocas semanas más tarde estaba

esperando a mi segunda hija.

CAPÍTULO 24 – La vuelta de Aitor

Sabía el día que volvía, el vuelo y la hora, pero no pensaba escribirle. De ninguna de las maneras. Pero qué ganas tenía de hablar con él, ¡joder! ¿Qué podía hacer? Mierda, mierda, mierda, ¿por qué no desaparecía de mi cabeza? Vale, estaba claro que necesitaba tener noticias suyas, no podía ignorar lo cerca que estábamos el uno del otro otra vez.

Abrí Facebook y publiqué en mi muro: "¿qué tal vuestras vacaciones?" Era una pregunta aparentemente genérica, pero deseaba con todas mis fuerzas que se diese por aludido y me escribiese algo. Contesta, venga, ¡vamos! ¿No iba a contestar? ¡Con—tes—ta! Tenía que hacerlo. ¡Venga, venga, venga! ¡Con—tes—ta! Empezaba a comportarme como una cría de quince años, viendo el teléfono cada dos minutos y esperando que un capullo me hiciese algo de caso. Seguro que le daba a "me gusta" y me quedaría todavía más cabreada y jodida de lo que estaba.

En menos de una hora tenía un mensaje privado: "podían haber sido mejores".

¿Era él? ¿En serio? ¡Sí! ¿Y ahora qué? Debía esperar un poco para escribirle, que no me notase desesperada.

Hice algo de tiempo, nerviosa y emocionada, no se había olvidado de mí, ¡bien! ¿Podía haberme olvidado tan pronto? No, seguramente no, a no ser que tuviese algún tipo de enfermedad cognitiva. Había decidido escribirme. ¡Por fin! ¿Y ahora qué debía ponerle yo? No quería mostrar un interés excesivo.

—¿Por?

Por favor, por favor, por favor, que responda.

—Tengo que contarte algo.

Tomé aire. Me iba a mandar a la mierda, me iba a decir que ya no me quería y que había decidido quedarse con su mujer. ¡Por supuesto! ¿Qué esperaba? ¡O peor! ¡Me iba a decir que su mujer estaba embarazada! Lo que fuera menos eso, por favor…

—Dime.

Deberían darme un premio a la mujer más estúpida del año.

—Lo primero, que te quiero.

Me encerré en el baño y empecé a llorar. ¿Por qué tenía que decírmelo? ¡Joder! ¿Y ahora qué? Ya estaba, todo mi enfado y mi desamor de las últimas dos semanas a la mierda.

—Yo también te quiero, Aitor.

En serio, estaba dándome pena a mí misma.

—Lo segundo… Le he contado lo nuestro a Joan.

Joan era su mejor amigo. Un escalofrío me recorrió el cuerpo entero. De repente había dejado de ser "oficialmente" nuestro secreto.
—Vale, ¿y qué le has contado exactamente?
—Oye, te prometo que no va a salir de él… Le he dicho que estaba con una chica. Alguien de mi pasado. Mi situación ya la sabía, pero flipó un poco cuando le dije que tú también estabas casada.
Me imaginé la cara de incredulidad de Joan, seguramente se parecería a la mía cuando me enteraba de alguna infidelidad a mi alrededor. Me asaltaba el miedo a que me pasara a mí, pero también existía ese morbo de ponerme en la piel del que engañaba, la del traidor. Me imaginaba la situación en la que se encontraría justo antes de engañar a su pareja, el deseo, la excitación en su entrepierna… Las ganas de comerse el fruto prohibido, de besar otros labios a escondidas, y el sexo, nuevo y excitante…
—Yo también se lo he contado a alguien, Aitor... Necesitaba compartirlo, sacar este nudo del pecho.
Ya está, lo había confesado.
—¿Y quién ha sido la afortunada? Tienes un montón de buenas amigas.
—Sí, es cierto, pero todo el mundo cree que soy una buena persona. No quería decepcionar a nadie, y menos a una amiga.
—Bueno, en realidad no le estás fallando a ninguna de ellas, así que no deberían juzgarte de la forma en que te imaginas.
—Tú no las conoces. Alguna dejaría de hablarme directamente.
—No me has contestado, ¿a quién se lo has contado?
—A Valentina, ¿te acuerdas de ella?
—Sí, creo que sí.
Quería besarlo ya, llevaba demasiados días sin hacerlo.
—Quiero verte.
—Y yo a ti, cariño.
—¿Cuándo vamos a poder quedar?
—Dime que hoy mismo tienes un ratito y me acerco.
Busqué en mi mente una excusa razonable y, nada más entrar David por la puerta, cogí mi bolso y salí de forma apresurada porque "llegaba tarde a una cita médica, que acaba de llamar al centro de salud porque llevaba varios días con dolor en el tobillo derecho y, por suerte, me habían hecho un hueco, que ya estaba empezando a preocuparme porque empezaba a notar el pie algo hinchado".
Su coche estaba en el sitio de siempre. Su rostro, su sonrisa, la perfección de sus brazos invitándome a acurrucarme entre ellos, aquel era mi lugar favorito, no quería estar en ninguna otra parte. Los nervios me inundaron el alma como un tsunami, mi piel ardía en deseos cada vez más intensos conforme me aproximaba a su boca. Por fin estaba allí, por fin podía verlo.
—Hola, preciosa.

Su voz…
—Hola, mi vida.
Nos fundimos en un abrazo
—¿De cuánto tiempo disponemos? —Preguntó.
—De una hora —contesté abrochándome el cinturón de seguridad.
Pegó un acelerón y tomó la autovía.
—¿Tú sabes la de explicaciones que tendría que dar si tenemos un accidente?
—Más o menos las mismas que yo —se burló.
Me abrió la puerta del coche, me tomó de la mano y me pegó a su cuerpo. Aquel abrazo, tierno y delicado, no había perdido el poder de transportarme a otra dimensión. Todo a nuestro alrededor desapareció. Ya solo quería fundirme en su cuerpo, que dejásemos de ser él y yo, ya no quería hablar de dos, quería que fuésemos un *nosotros*, que nadie nos dijese lo que debíamos hacer, cómo debíamos comportarnos o que existían reglas morales y sociales que debíamos cumplir. ¿Acaso iba el resto de la gente a vivir mi vida? ¿Alguien se pondría mis zapatos para caminar sobre ellos? ¿Importaba realmente lo que dijesen o pensasen los demás?
—¿En qué piensas? —Me preguntó.
—En fugarme contigo —respondí sin poder abrir los ojos.
—Podríamos hacerlo... si no tuviésemos hijos, pero tú tienes dos niñas preciosas y tienes la obligación de ser su mejor madre.
—Y tú con tu hijo.
—Correcto.
—¿Por qué tiene que ser todo tan complicado?
—Bueno, lo complicado y prohibido es más excitante —dijo.
—Pero es que yo quiero más que eso contigo, Aitor. Quiero que viajemos, poder pasear contigo agarrados de la mano, que podamos tomarnos un café o un helado en cualquier sitio…
—Yo también lo quiero, Sandra.
Vinieron entonces los besos y la urgencia por entrar en la parte de atrás de su coche. Desabroché su pantalón y metí la mano como si el mundo fuese a desaparecer de un momento a otro.

CAPÍTULO 25 – Sospechas

Nos esforzábamos en que nuestras parejas no sospechasen nada, pero sabíamos que aquello explotaría tarde o temprano porque, aun siendo cuidadosos, era inevitable bajar la guardia de vez en cuando en nuestra burbuja de felicidad. Nos amábamos. Sé que los dos lo hacíamos. Porque su dolor era el mío y, cuando era yo la que se sentía triste, mi desasosiego se clavaba como puñales en su cuerpo, porque su felicidad me embriagaba y mi sonrisa brillaba en sus ojos, porque sus manos recorrían el mapa de mi piel transfiriéndole sentimientos tan intensos que atravesaban mis sentidos. Su mirada buscaba dentro de mí… y me encontraba, ¡vaya si me encontraba!

—¿Qué vas a hacer este fin de semana?

—Nos acercaremos a los viñedos. ¿Me echarás de menos? —Pregunté.

—Mis fines de semana están vacíos sin ti.

—Pero harás algo con tu mujer… ¿No tenéis ningún plan?

Apartó la mirada antes de responder.

—No.

Sentí de pronto un peso sobre mi pecho. Di una bocanada de aire. Lentamente, mis pulmones comenzaron a llenarse tratando de calmar esa nueva sensación que me estaba inquietando.

—¿Qué ocurre, Aitor?

Negó con la cabeza, cerró los ojos y se apoyó contra mi pecho. Tragué entonces el sabor amargo de la incertidumbre que se apoderaba de mis pensamientos, más y más catastróficos a medida que avanzaban los segundos y no salía una palabra de su boca.

—Por favor, dime qué sucede —supliqué temiéndome lo peor.

Aitor vaciló y, en silencio, me recorrió la espalda con una de sus manos.

—Anoche tuve una conversación con mi mujer.

Mi corazón empezó a latir con fuerza.

—¿Sobre qué?

Puso su espalda recta sobre el asiento trasero del coche.

—La he dejado.

—¡¿Qué?!

Una mezcla de preocupación, alivio y felicidad me invadía, necesitaba saber más, saberlo todo.

—¿Por qué? ¿Cuándo? ¿Cómo no me has dicho nada?

Al fin levantó la cabeza y me miró, como si no acabara de entender las preguntas que acababa de formularle.

—Porque te quiero a ti, Sandra, no a ella.

Me quedé quieta y callada. No era tan tonta como para pensar que

aquello significaba que solo me querría a mí y solo a mí para el resto de sus días, ni para creer que me esperaría siempre, quizá por eso la situación se volvió de pronto incómoda. ¿Cómo se me ocurrió pensar que podríamos seguir indefinidamente en ese limbo clandestino de pecado carnal?
Su pecho se hundía con cada exhalación, me sostenía la mirada. ¿Qué coño significaba aquello? ¿Estaba enfadado? ¿Tenía miedo? Un nudo acababa de formarse en mi garganta impidiéndome soltar palabra.
—Oye, no pretendo que hagas lo mismo que yo —dijo—. Tómate tu tiempo. Te esperaré lo que haga falta.
Él estaba libre. Ya lo estaba. ¿Y yo? Si realmente quería estar con él… ¡No podía perder más tiempo!
Las horas siguientes traté de ser más fuerte que nunca, pero la verdad es que estaba completamente aterrorizada, más que por mí, por las niñas, ¿cómo podría explicarles que papá y mamá, su lugar seguro, su hogar, estaba condenado a convertirse en un recuerdo de su más tierna infancia? ¡Joder! ¿En qué momento me había metido yo en aquel fregado? ¿Por qué le había dado mi número de teléfono aquella mañana? ¿Por qué no había podido sacármelo nunca de la cabeza? ¿Qué clase de magia negra era aquella?

El sábado nos subimos al A8 después de desayunar para recorrer los más de cien kilómetros que nos separaban de las Bodegas García Murillo.

—¡Cómo se nota el olor de la buena uva! —Soltó David tras atravesar los primeros viñedos y respirar profundamente el aroma de sus tierras.
La bonita y ornamentada fachada de la casa señorial de piedra convertida en restaurante de lujo contrastaba con su interior decorado en líneas modernas.
Las niñas empezaron a corretear hasta la entrada principal. Me encantaba verlas en aquel paraje, podría pasarme la vida estudiando cada uno de sus movimientos. La trenza de Lucía, que ya casi alcanzaba su cintura, bailaba alegremente al ritmo de los movimientos de su grácil figura, mientras Julia trataba inútilmente de alcanzar la velocidad de su hermana mayor con sus merceditas doradas.
—¿Dónde están las niñas más bonitas del mundo?
Mi suegra las recibía cada fin de semana con ese abrazo reconfortante que había ido perdiendo fuerza con el paso de los años.
—Se me ha caído un diente —dijo Lucía mostrándole un nuevo hueco en la parte frontal de su sonrisa.
—¡Estás guapísima! —Mintió su abuela.
—¿Y tú cómo estás, Sandra? —Preguntó mi suegro tras bajar a Julia de sus brazos.
Las niñas, como siempre, desaparecieron tras la puerta batiente que

conectaba la cocina con el comedor, tratando de conseguir alguna ración de tarta, profiteroles o cualquier otro dulce de entre los que se servirían ese día en el comedor.
—Algo cansada del viaje —contesté.
—¿Por qué no bajas a las oficinas y te echas un rato? No te molestará nadie, ya me encargo yo de las niñas.
—¡Qué te vas a encargar tú! —Protestó mi suegra—. No te preocupes, cariño, que ya las vigilo yo.
Apoyó su mano sobre mi hombro, una aproximación que se venía dando desde hacía pocos años y a la que, aunque al principio traté de darle un sentido, acabé acostumbrándome sin más.

Descendí hasta la antigua oficina de mi suegro. No me sorprendió descubrir que todavía conservaba aquel sillón orejero de color indeterminado que, como el vino, había pasado de generación en generación sobreviviendo con entereza a las inclemencias del paso de los años. Quizá habría sido mejor idea acomodarme en los modernos sofás de piel de las nuevas oficinas, pero las probabilidades de mantener la estancia en el silencio que mi exigente descanso imploraba eran inversamente proporcionales al afán de David por descolgar el teléfono para saludar a alguno de sus principales clientes, es decir, prácticamente nulo.
Me saqué los *manolos* y me cercioré de que la pedicura seguía en perfecto estado. Todo en orden. Giré entonces el sillón hacia el verde infinito de los viñedos y me acurruqué sobre la reliquia familiar con sumo cuidado, tratando de que mi presencia no alterase el poder divino de los García Murillo sobre aquel respaldo que había ofrecido sostén a tantos hombres de renombre, y dejé al fin que el sueño me venciese ante la danza perfecta de las hojas de parra.

—¿Cómo está?
—Perfectamente, papá.
Abrí ligeramente los ojos ante aquel susurro de voces que llegó de pronto a mis oídos.
—¿Y ella?
—También.
—¿Te ha pedido algo?
—No.
—Asegúrate de que no les falte de nada, David.
Traté de no moverme, no quería hacer ningún ruido que pudiese entorpecer aquella aparentemente improvisada reunión familiar.
—Sabes que lo hago y no voy a hablar más del tema. No he venido a eso, ¿de acuerdo?
—Ya, ya, hijo, solo quería recordarte que tu madre y yo estamos aquí para lo que necesites, y que...

—Lo sé, papá… Pero vale ya, por favor.
Nunca había oído a mi marido hablarle de ese modo a su padre.
—Solo déjame decirte que no me gustaría abandonar este mundo sin…
—¡Joder, papá!
Un portazo puso fin al encuentro entre David y su padre.

CAPÍTULO 26 — Valentina y un café (3)

Había dejado de saber cuál era mi lugar. Veía a mi alrededor y me sentía una extraña, enraizada en un mundo que ya no era para mí.
Los días de verano con las niñas se transformaron en paseos internos de divagaciones mentales, extraviada entre pensamientos cargados de diálogos imposibles entre mi yo real y mi alter ego. Comenzó a tomar forma dentro de mí la necesidad imperiosa de encontrar un camino: mi camino, la necesidad de reflexionar, de poner en orden lo que sentía, lo que quería... ¿Era posible hacer las paces conmigo misma y ser capaz de afrontar aquel problema tan gordo? Dividirlo quizá en... pequeños problemillas, establecer un orden, batallar con cada uno de ellos por separado… Joder, qué sencilla era la teoría y qué lejos veía el momento de hacerle frente.
Sentí de pronto cómo el viento trataba de abrazarme, cómo los rayos del sol me invitaban a salir de mis divagaciones... y vi a mi alrededor. Dos mujeres caminaban agarradas del brazo delante de las niñas mientras un chico corría a buen ritmo por el carril bici y un tarado escenificaba algo parecido a artes marciales en el *skate park*. Mi vecina paseaba a sus dos chihuahuas sin correa y un trabajador del ayuntamiento cortaba la hierba que había ido creciendo por la acera que rodeaba el parque infantil. Toda aquella gente… ¿Sería feliz? ¿Qué preocupaciones ocultaban sus rostros? Las personas son como los libros, normalmente solo podemos ver la portada. Algunas de ellas, las más cercanas, nos dejarán leer algún capítulo de su vida, pero nunca su libro entero. Todos se mostraban felices aquella mañana, tranquilos, aparentemente carentes de problemas… Pero a mí, a mí me gustaría gritar, sentarme en un banco del parque y llorar desconsoladamente hasta que alguien me diese un abrazo acompañado de la mejor de las soluciones para resolver la locura privada en la que mi vida se había convertido, algo así como una hoja de ruta a la que debía ceñirme, con instrucciones paso a paso como cuando montas un mueble del Ikea, y en la que al final, en la meta, se hallaba mi ansiada felicidad, mi vida perfectamente amueblada, el fin de mi angustia, el nirvana, la sonrisa eterna… Tenía que ponerle fin cuanto antes a una de las dos historias o acabarían encerrándome con una camisa de fuerza entre paredes acolchonadas.
Con mi marido me sentía vacía. Ya no quedaba nada. No quería pasar los días a su lado, ni que se acercase a mí, detestaba que me preguntase cómo había ido mi día y no me importaba lo más mínimo

cómo se había desenvuelto el suyo. Éramos dos desconocidos compartiendo casa, cama, hijas e hipoteca. Fin de la historia. Por eso tenía claro cuál de mis dos vidas debía terminar.

El sonido del teléfono me sacó de mis ensoñaciones.
—Hola, Valen.
—Sandra, ¿dónde estás?
Su voz sonaba triste, triste y preocupada.
—En el parque de Las Palmeras, al lado de casa, ¿ha pasado algo?
—Sí, pero es mejor que me acerque hasta ahí.
—¿Es grave?
Tardó unos segundos en responder.
—No se ha muerto nadie —contestó al fin.
—Bien.
Julia empujaba el columpio en el que Lucía había puesto su muñeca.
—¡Más despacio que se va a caer!
—¡Pues que se caiga, quiero subirme yo!
Había dejado de sentirme segura: ya no sabía si estaba siendo una buena madre con todos aquellos altibajos emocionales que transformaban mi personalidad en una variedad insana de sentimientos de lo más dispares, ya no tenía claro cuándo debía alzarles la voz a las niñas o cuándo era mejor dejar que resolviesen entre ellas los pequeños contratiempos como aquel. Sentía que no había aprendido absolutamente nada sobre la maternidad ni sobre el mundo. Una angustia me agarró el pecho y me llenó los ojos de lágrimas. ¡Malditas hormonas!

—Hola, Valen.
—Hola.
—Siéntate —le pedí apartando mi bolso del banco desde el que vigilaba a las niñas.
Valentina posó dos cafés sobre una de las tablas del banco, no fue sencillo conseguir que se mantuviesen en equilibrio.
Se frotó las manos ya libres sin dirigirme la mirada, noté su respiración agitada.
—Joder, Sandra, cómo voy a contarte esto.
Quería a Valentina, no era mi amiga, era un ángel que el cielo había colocado en mi camino para hacer mi vida más feliz. Ella era mi hermana, aunque de distinto padre y diferente madre. Tenía el poder de poner todo en perspectiva, mitigando mis preocupaciones y la ira que a veces se apoderaban de mí. Dios, cuánto la quería.
—Venga, hazlo, sin más.
No podía apartar los ojos de ella. No recordaba haberla visto así antes.
—Annette —dijo de pronto—. Vamos a hablar de cuando falleció Annette.

—Vale...
Tomé el café entre mis manos y lo dejé allí, sin llevármelo a los labios, sin moverme, pendiente de los millones de cosas que su mirada pretendía decirme.
—¿Te acuerdas de lo que sucedió aquel día? —Continuó.
—Creo que sí… ¿Adónde pretendes llegar?
Cerró los ojos, la humedad cubría los bordes de sus párpados.
—Aquella noche te quedaste a dormir conmigo.
—Sí, no quería dejarte sola.
Puse una de mis manos sobre la suya.
—Valen… ¿Qué ocurre?
Tomó aire.
—¿Qué pasó después?
Volví la vista atrás.
—Seguimos viendo fotos… y lloramos, lloramos mucho, durante toda la noche… Nos levantamos a eso de las...
—¿Y David?
—¿David? —Pregunté sin entender—. No lo sé, supongo que se iría a casa.
Valen negó con la cabeza.
—Tu marido llevó a Rebeca y a María a casa.
Mi mirada descendió hacia la tapa del café. Durante las semanas que siguieron a la muerte de Annette, me refugié en Valentina. Nos culpábamos por no haber estado más tiempo con ella y ambas, o eso percibí, teníamos miedo de que sobreviniese otra tragedia y perdernos la una a la otra para siempre, como acababa de sucedernos con nuestra querida niña de ojos enormes que había llegado nueva al colegio en segundo o tercero de EGB hablando solamente francés. Quizá por ello no presté demasiada atención en David y no pude detectar ningún cambio conmigo.
—Y, esa noche, algo sucedió entre María y David... —Adiviné.
Valentina dejó escapar unas lágrimas.
—¿Desde cuándo lo sabes? —Pregunté.
—No lo sabía… O quizá sí, pero no lo quise ver, estaba ocupada con mis propios problemas. Hace unos pocos días… Me encontré en el banco con María y con el niño. Mateo... vino corriendo a mis brazos y... me quedé jugando con él mientras María hacía unas gestiones con el director del banco. Cuando salieron de la oficina... dirigió su mirada al niño, luego a la madre y... soltó que, por suerte... de su padre solo había sacado el apellido. Fue un comentario desafortunado y un poco atrevido para soltarlo en público.
—¿Qué?
Valentina se tapó el rostro con ambas manos y comenzó a llorar desconsolada.

—Cuando María me vio, intentó dejarlo pasar e insistió en que ese hombre estaba tarado, que no le diese importancia a sus palabras, pero me fijé en Mateo y, de pronto, vi esa mirada, la expresión de su rostro… Por Dios, Sandra, ¿cómo podían vivir en ese dúplex de Plaza Galicia de casi doscientos metros cuadrados? ¿Cómo podía pegarse esos viajes a Canadá, a Sudáfrica o a las Maldivas? El padre de María es aparejador, la madre es enfermera y ¡joder! ¡Ella tiene un puto trabajo a media jornada en una gestoría! ¡¿De dónde venía todo ese dinero?!

Su pecho se agitaba con cada frase que soltaba, sus mejillas estaban encendidas, me fijé entonces en las bolsas debajo de los ojos, tapadas por una gruesa capa de maquillaje, como si estuviera enferma o llevase días sin pegar ojo.

—¿Estás intentando decirme que David podría ser el padre de Mateo?

Sacó el teléfono del bolso y empezó a rebuscar entre las fotos de su galería. Se detuvo en las que le había sacado al niño en el hospital, nada más nacer, y amplió una en la que se podía leer esa pulsera que le colocan a los bebés recién nacidos en el tobillo con sus datos y los de su madre.

—El apellido García es muy común —dije tratando de buscar una escapatoria a aquel disparate.

—Tienes razón, es un apellido muy común, por eso no te quise decir nada hasta comprobar el DNI del niño.

—¿Cómo…?

—Muy sencillo… Invité a María a desayunar, solo tenía que esperar a que se levantase en algún momento: para responder a una llamada, quizá para ir al aseo... y poder entonces hurgar en su bolso…

Me entregó a continuación el DNI de Mateo, el documento auténtico.

—Pude entonces comprobar el nombre del padre…

—David —solté—. David García.

—Puede que todavía pienses que es una locura, porque ella nos había dicho que fuera a una de esas clínicas a…

—¿Se lo has preguntado? —La interrumpí.

Ignoró mi pregunta, manteniendo sus ojos fijos en la galería de su teléfono, pero la notaba temblar.

—¿Le has preguntado a María si mi marido es el padre de su hijo? —Volví a preguntar.

Valen asintió con la cabeza.

—¿Y?

—Primero lo negó, pero luego… me ofreció dinero… mucho dinero… a cambio de mi silencio.

CAPÍTULO 27 – Secretos familiares

Subí corriendo a casa, les hice unos bocadillos a las niñas, cogí una chaqueta, abracé a Valentina y le dejé las llaves.
—Si necesitas cualquier cosa tienes dinero en el cajón de arriba de mi mesilla de noche.
—No te preocupes por nada —dijo Valen—. Prométeme que irás despacio y, por lo que más quieras, no cometas ninguna locura.
Les di un beso a las niñas y me subí al coche sin pensar en nada más que en la rabia y el dolor que me recorrían la sangre. ¡Cómo habían podido ser capaces!
Traté de llevar mis pensamientos a otros lugares, la rabia y el dolor de la traición me quemaban la piel.

Durante los largos minutos que quedaban hasta las bodegas, me transporté a mi lugar seguro: con Aitor.
—Te quiero.
—Yo también te quiero, Aitor.
—¿Qué vamos a hacer? —Preguntaba con los ojos cerrados mientras apoyaba su frente sobre la mía.
—No lo sé.
—Mírame.
Abría los ojos y él estaba allí, dejándome entrar en su alma, en su pecho. Cuando su cuerpo y el mío se entrelazaban, dejábamos de existir como dos entes diferenciados. Él era mío y yo era suya. No existía nadie más. No existía el tiempo. No existían los días, ni los años… Volvía a tener diecisiete años.

—Un día nos van a pillar —soltó mientras me desabrochaba el vestido.
—Habrá valido la pena —añadí sin dejar de besarlo.
Su forma de sacarme la ropa, como si el mundo se fuese a acabar en unas horas, encendía mis sentidos, el deseo brillaba en sus ojos cuando estábamos juntos y me encantaba sentirme deseada, me ponía a mil. En menos de un minuto me tenía tumbada en la cama, completamente desnuda, y explotando de placer. Su lengua recorría mi piel, sus manos buscaban lugares prohibidos donde posarse para llevarme a su paraíso.

—¿Cuándo voy a poder tenerte solo para mí?
—Cuando tú quieras.
Salí de mis ensoñaciones cuando llegué a las bodegas. Era plena hora punta de comidas. Decenas de coches de alta gama se exhibían en esa

mezcla perfecta entre la burguesía y la idiotez humana.
No pedí permiso. No saludé. Bajé hasta la oficina de mi suegro, abrí la puerta sin llamar y me acerqué hasta la entrada de su bodega privada tomando aire.
—Sé lo que vienes a buscar —me interrumpió desde su sillón orejero.
—Lo sabías —le dije con mi mirada fija en la suya— Tú y tu mujer lo sabíais.
Mi suegro apartó la mirada.
Extendí la mano y giré la llave perfectamente colocada en vertical sobre la cerradura de bronce, tenía que comprobarlo por mí misma. Él ni siquiera intentó detenerme.
El Gran Reserva, listo para descorchar en cuanto el primer nieto varón llegase al mundo... se había esfumado de su bodega privada.
—Yo… no sé qué decir... —añadió.
—Sandra...
La madre de David se había unido en algún momento a nuestro encuentro fortuito.
—Nada. No hace falta que digáis nada. Quizá no obtuve más que lo que me merecía.
Una melodía chirriante comenzó a sonar. Mi suegro sacó su nuevo iPhone de uno de los bolsillos de su pantalón de pinzas y rechazó la llamada. Nos quedamos en silencio.
—Era él —adiviné.
Trataron inútilmente de disimular aquel repentino contratiempo.
Solo tenía que esperar, unos segundos, un par de minutos, quizá… El teléfono volvió a sonar, y nuevamente se resistieron a descolgarlo. Se lo arrebaté entonces de las manos a mi suegro, le di a la tecla verde y puse el manos libres.
—¿Papá?
—Dime, David —soltó su padre sin apartar sus ojos de los míos.
—Oye, creo que Sandra se dirige hacia ahí... y creo que lo sabe. Me acaba de decir María que Valentina… Bueno, no importa. Por favor, lo más importante: no le digáis nada hasta que llegue. Avisa a mamá.
—No, David, descuida, no le diré ni una palabra.
Agarré el teléfono con fuerza y lo lancé contra el suelo, mi expresión se suavizó al oír el estruendo de los minúsculos trozos esparcirse por doquier.

—Siéntate a mi lado —me pidió.
Me senté con serenidad en el asiento del copiloto, procurando mantener toda la distancia posible entre el que todavía era mi marido y yo.
—Te quiero.
¿En serio?

—Te quiero muchísimo y… cometí una estupidez de la que me arrepentiré toda la vida. Pero, por favor… Necesito que me perdones.
—Acababa de morirse Annette.
—¡Sandra, eres toda mi vida! —Exclamó suplicante.
—¿Cómo pudisteis…? ¡Acababa de morirse Annette, joder!
Debía contenerme. No iba a darle el gusto de verme llorar.
—Lo que pasó entre María y yo…
—No me interesa lo que haya pasado entre vosotros —añadí—. Solo quiero que me respondas a una pregunta.
—¿Cuál?
Me mantuve firme, con el puñal de acero afilado de las palabras apuntando hacia él sin temblar.
—¿Sabías lo mío con Aitor?
—¡¿Qué?!
—¿Sabías que yo también me estaba follando a otro?
La expresión de David se descompuso. Negó con la cabeza.
—Primero creí que te enterarías por un vídeo… Un vídeo sexual.
David permaneció en silencio, atento a mis palabras.
—También pensé que alguien podría habernos visto mientras me tomaba un café con él y... acabamos montándonoslo en el aseo de la cafetería.
Su rostro, cada vez más pálido, era la viva imagen de un hombre muerto, vacío ya de todo rastro de circulación sanguínea en el cuerpo.
—Creía que había cometido dos errores, David, pero no, lo cierto es que fueron tres…
—¿Tres? —Acertó a preguntar.
Me quedé pensando unos instantes, quería materializar mentalmente la estocada final.
—Disculpa, en realidad... hubo un único error.
—Sandra…
—¡No! —Lo interrumpí—. Déjame acabar antes de pedirte formalmente el divorcio.
David llenó sus pulmones de aire para tratar de soportar mejor el golpe.
—Creía que eras un buen marido, un buen padre, que me querías... Por eso también creía que no merecías lo que te estaba haciendo…
—Escúchame, por favor…
Volví a interrumpirlo.
—Tuve remordimientos de conciencia decenas de veces. Al principio pensaba que me lo notarías, pero tú parecías vivir en un mundo ajeno al mío. A menudo me veías más feliz, alguna vez me lo dijiste, y otras veces me veías más triste, como cuando le envié un mensaje de despedida a Aitor. Pero veo que nunca sospechaste nada. Diste todo por sentado: tu vida, la nuestra... El mundo de los García Murillo

siempre estuvo perfectamente planificado, porque eso es lo que se espera de vosotros, ¿no es así? Una fachada perfecta... Por eso tu mente aceptó que ya no habría más cambios, que todo lo que nos rodeaba permanecería intacto en el tiempo hasta el último día. En realidad, yo también lo había pensado hasta que Aitor reapareció en mi vida.

—Sandra...

—El único error fue pensar que tú eras mejor que yo.

CAPÍTULO 28 – La felicidad

Julia y Lucía se peleaban por acariciarle la cabecita a su hermano pequeño, que dormía plácidamente en los brazos de Lucas, el hijo mayor de Aitor.

—Volvemos en menos de una hora —les repetí.

—Que sí, mamá.

Me puse el casco y abracé fuertemente a Aitor por la cintura. El rugido de la moto me devolvió al último año de instituto.

—¿Estás?

—Sí —sonreí.

Lo tenía rodeado entre mis brazos y, de repente, un placer intenso me invadió. Lo comprendía, al fin lo entendía todo: cada no es un sí a algo más.

Fue muy difícil aceptar y dejar ir lo que una vez juré que sería para siempre, pero el amor no se trata de un contrato en el que ahogarse y dejarse morir, sino de un sentimiento de libertad y confianza mutua.

Se detuvo frente a un semáforo en rojo y acarició mi mano con la suya. Aitor era la persona correcta, siempre lo había sido, pero había aparecido en mi vida en el momento equivocado y el tiempo se había ocupado de colocarlo en su lugar... Y la vida es demasiado corta para sostener el rencor y no explorar una segunda oportunidad.